

ISSN 0120-0216



aleph



abril/junio 2015, año XLIX

Nº 173



ISSN 0120-0216

Resolución No. 00781 Mingobierno



Carátula: Retrato de Eduardo García-Aguilar

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo
Valentina Marulanda (X)
Heriberto Santacruz-Ibarra
Lia Master
Jorge-Eduardo Hurtado G.
Marta-Cecilia Betancur G.
Carlos-Alberto Ospina H.
Andrés-Felipe Sierra S.
Carlos-Enrique Ruiz

Director

Carlos-Enrique Ruiz
Tel. +57.6.8864085
<http://www.revistaaleph.com.co>
e-mail: aleph@une.net.co
Carrera 17 N° 71-87
Manizales, Colombia, S.A.

Diagramación e impresión:
Jerónimo & Gregorio Matijasevic,
Arte Nuevo, Manizales Col.
matijasevic@outlook.com

abril/junio 2015

aleph

Año XLIX

Para Aleph:

MÁQUINA DE ESCRIBIR

De repente las palabras inundaron
los espacios por donde caminaba
e incluso la lluvia parecía de letra,
los arroyos de alfabetos desconocidos,
la luna creciente en rostro
que pronunciaba historias de fantasmas
No supe cuando ni como, pero
todo resultó motivo de imaginaciones
en medio de paisajes de sueño
donde la palabra crepúsculo era cierta
Los colores fueron más nítidos,
los pájaros aun más hermosos,
el agua de los riachuelos más cristalina
La escritura es reciente como el hombre
y la humanidad conta con palabra
Por eso escribir es como respirar
en un bosque de pinos,
junto al lago donde se reflejan
las vitrinas estrellas.
Escribir es nacer y morir al mismo tiempo.

París, 12 de mayo de 2015
(14:31 P.M.)

Eduardo

Eduardo García-Aguilar

Asuntos de sueños

León Duque-Orrego

*Pero hay que soñar y soñar más allá
del sueño,
no importa tanto el logro como la
ambición...*

Eduardo García-Aguilar (*Bulevar de los Héroes*)



Aunque puede parecer difícil separar al amigo del escritor, para mí es aún más difícil no hacerlo, y esto porque cuando conocí a Eduardo éramos aún muy jóvenes, él no había comenzado a escribir, y faltaba un rato para que se convirtiera en el escritor que es hoy en día. Y debo ser más preciso en esto. Cuando leí su primer libro, *Tierra de Leones*, lo hice porque él me lo mandó de regalo a través de un viejo amigo radicado desde hacía años en México, Jesús Echeverri, y esto fue ya en los primeros meses de 1990. Por esa época llevaba ya muchos años sin saber de él, pues ya erraba por muchas partes, había escrito mucho, y aquellos amigos que tuvimos en común ya no estaban cerca, pues yo también, desde muy temprano, vivía en Bogotá, aunque ninguno de los dos, como bien lo sabemos, habíamos abandonado Manizales.

Los orígenes de nuestra amistad jamás se me han escapado, son una impronta en mi vida, y ello porque creo —y sé de alguna manera que él también—, que, como decía el escritor y cineasta francés Pierre Schoendoerffer, la vida es la suma de lo vivido y lo soñado, y lo nuestro corresponde más a lo soñado, porque en esos

años sí que soñábamos y qué poco habíamos vivido.

Vivíamos uno al lado del otro, éramos vecinos y la puertas de nuestras casas las usábamos muy poco, porque solo con un grito para confirmar la presencia del otro en casa: “Eduaaardo, ¿puedo pasar?; ‘sí, pase’, o ‘ya voy’”, era suficiente para subir al muro que separaba nuestros patios y ya estábamos juntos.

Nuestra aventura tal vez comenzó —me lo ha recordado Eduardo algunas veces— con un castillo de barro que él encontró en el patio de su casa, cuando sus padres la compraron allá por los años sesenta en la carrera 19 entre calles 25 y 26.

Ese castillo lo había hecho yo con unos muchachos de apellido Vallejo y en él atrincherábamos nuestros soldados, y del padre de ellos —don Abraham—, compraron, don Álvaro García y doña Cleonise Aguilar, los papás de Eduardo, la que sería su casa en los años que compartimos.

Esos soldaditos, que él también tuvo, como nos lo recuerda Petronio-Eduardo en *Bulevar de los Héroes*: “De adolescente tenía mi colección de soldados...”, fueron el primer motivo de nuestra amistad, y en nuestros patios, en las selvas que formaba la maleza cuando estaba mal desyerbada, o en los desiertos polvorientos de los mismos patios en los muy raros veranos manizaleños, nuestros soldados y los de nuestro amigo *Pelusa* luchaban en las selvas del Pacífico, en las de Vietnam, o se convertían en miembros de la Legión Extranjera Francesa en el norte de África, de lo cual tiene él ahora grandes referencias históricas y literarias directas. Y soñábamos, y soñábamos juntos con los primeros vuelos espaciales, aventuras que significaban para nosotros lo mismo que significaron para nuestros padres y abuelos las grandes expediciones polares de Cook, Scott, Peary, Shackleton, Nansen y Amundsen en el Fram. Ahora los nombres eran Gagarin, Titov, Shepard, Grissom, Glenn, White y los proyectos Vostok, Mercury y Gemini.

La cercanía que teníamos los dos al Centro Colombo Americano, allí en la calle 26 entre carreras 21 y 22, a escasas tres cuadras de nuestras casas, hizo que gran parte de la información que teníamos se refiriera a los proyectos norteamericanos, y su bibliotecaria Elsie Duque, mi querida prima hermana, nos abastecía con folletos sobre los primeros viajes no tripulados, *Mariner* y *Surveyor*, y lo más grandioso, con aquellos que contenían la información y las fotos de los pilotos de los primeros vuelos espaciales tripulados. En la revista *Life* en español —que podíamos conseguir, mas no comprar, pero que finalmente caía en nuestras manos—, veíamos las fotos de los primeros astronautas y las del primer norteamericano que caminó en el espacio, quien fue nuestro héroe, Edward White, cuya muerte en los inicios del proyecto Apolo tanto lamentamos.

Había algo más que también nos fascinaba y eran los cuentos de miedo y el gusto por los espantos o *asustos*, como también los llamábamos.

Cuando llegaba la Feria de Manizales nos gastábamos lo poco que nos daban esa semana visitando la ciudad de hierro y montando en el tren fantasma, o entrando a la *Casa de las Brujas* o al *Castillo de los Monstruos*, que tratábamos después de replicar en su casa con unas máscaras muy miedosas que teníamos y con una levantadora vinotinto de Eduardo que nos servía de vestido para asustarnos a nosotros mismos, a unos pocos vecinos o a su hermana Luz Helena.

Siempre me ha llamado la atención de los viejos libros de lectura, de aquellos que ya casi no nos tocaron a nosotros, el dibujo de niños que corren, generalmente en pantalón corto, llevando un aro a su lado impulsado con un palo que llevan en la mano. Juego de niños muy viejo, desaparecido hace ya muchos años, y casi desaparecido cuando nosotros éramos muchachos.

Veo a Eduardo, que no de pantalón corto, como si fuera hoy, corriendo a mi lado, junto a los hermanos Carlos y César Buriticá, sus grandes amigos de ese tiempo, parque de San José abajo, Avanzada abajo, hasta el Puente de Olivares, puente que está en el imaginario de todo manizaleño como puente de suicidas, el que Eduardo también nos recuerda en sus escritos, corriendo y corriendo, y subiendo por la carretera que conduce a Neira hacia la vieja estación del ferrocarril, empujando el aro de caucho sacado de una vieja llanta de camión y regresando felices, cansados y felices, a casa, después de ese largo recorrido.

Tardes felices también en la vieja estación del tren, con el “mono” Upegui esperando la llegada de la gran locomotora y sus vagones, asombrados cuando aparecía al final del túnel dando un silbido fortísimo, y buscando la ocasión, que casi siempre teníamos, de subimos en él, sentir el olor maravilloso del carbón quemado por la enorme caldera, y recorrer algún trecho en ese tren de ensueño.

Todos estos asuntos eran asuntos de sueños, de sueños compartidos, que, por lo que percibo del Eduardo escritor, ayudaron a dar forma al intelectual que es ahora y que por fortuna sigue soñando, sumando ello a su ya largo y profundo trajinar.

La idea que teníamos de Francia era a través de Dumas padre: *Los Tres Mosqueteros*, *El Conde de Montecristo* y *Veinte años después*. Por ello nos la pasábamos “espadeando” —como decíamos— y algo más tarde, gracias al programa *Monitor* de Caracol, que dirigía ese extraordinario hombre de radio que fue Julio Nieto Bernal, conocimos canciones como *Domingo en Orly*, *Lo importante es la Rosa*, *Nathalie*, todas ellas cantadas por Gilbert Beaud, y oímos por primera vez a Johnny Hallyday, a Sylvie Vartan, a Serge Gainsbourg, a Sacha Distel y a esa hermosa mujer de bellísima voz de la cual nos hablaba el mismo Eduardo hace poco, Françoise Hardy, y fueron esos nuestros primeros contactos con la música francesa, con la cultura francesa, que, con el correr de los días, se convirtió en uno de los puntos de partida para la

vida intelectual de Eduardo.

Había ya en Eduardo en esos años un gran afán de conocimiento, que de los sueños de aventura fue migrando –migración fácil– hacia la lectura, hacia la literatura.

Y empieza a perfilarse el último Eduardo de mi vida de muchacho, el último del que tuve conocimiento directo y al que puedo recordar con propiedad: el Eduardo que a finales de los 60 me muestra sus primeros poemas y empieza a relacionarse con muchas personas que en el Manizales de aquellos años tenían una cierta vocación literaria y cultural.

Se acabaron nuestros juegos de juventud: no más castillo de los monstruos, no más correr por calles y barriadas impulsando un aro, no más estación del tren, no más espadas y soldaditos. Finales de los años sesenta que, tanto en *Tierra de Leones*, como en *Bulevar de los Héroes*, o en *Un Viaje Triunfal* o en *La Enea imaginaria*, nos muestra Eduardo cómo le dieron forma a su ser literario, a lo que ha sido como ser humano, y no tan solo a él sino a todos los que teníamos edades cercanas.

Empieza Eduardo a tomar esa gran conciencia social que lo hace un hombre de izquierda, se va a Bogotá primero y después se va a París a estudiar Ciencias Sociales y se me esfuma el amigo que sólo recupero muchos años más tarde convertido ya en un prolífico autor.

Somos producto del año 68, de ese año que dio forma a toda una generación: enero, Vietnam, ofensiva del Tet, que cambia fundamentalmente el concepto de una fácil victoria norteamericana en esa guerra de 10.000 días. Abril, asesinato de Martin Luther King. Mayo, levantamientos de estudiantes liderados por Daniel Cohn-Bendit y Alain Krivine, quienes pasaron a la historia, y levantamiento de obreros en Francia, hechos que provocaron el retiro De Gaulle, el nacimiento de un gaullismo sin De Gaulle y un impacto en la vida francesa, europea y mundial que ayudó a transformar en gran medida nuestra sociedad. Junio, asesinato de Robert Kennedy. Octubre, matanza de estudiantes en la plaza de Tlatelolco en el D.F. Diciembre 24, nuestros héroes del proyecto Géminis Frank Borman y Jim Lovell, ahora en Apollo 8 en compañía de Bill Anders, son los primeros seres humanos en orbitar la Luna. ¡Qué año!, Eduardo absorbe todo esto cuando ya estaba en 3° o 4° de bachillerato, el cual iba a terminar en 1971 –cosa muy curiosa para mí– en el Colegio Gemelli, y después lo empieza a vivir directamente en Francia, en los Estados Unidos y en México.

Con nombres propios en *Tierra de Leones*, y nombres ficticios en otros de sus libros, de amigos y personas que pasaron por su vida, Eduardo reconoce una influencia en su juventud que él considera renovadora y lo es en gran medida. Cuando habla de Wadys Echeverri o del gordo Ossa, está hablando de muchachos que ya en esos años estaban rompiendo viejos moldes y maneras; Wadys escribiendo una poesía que era para nosotros muy distinta y con-

testaria, y Ossa con su rock, influenciado hasta la médula por Jorge Alberto Álvarez, este sí una conciencia civilizadora, un Merlín de esos años, quien nos enseñó que la única revista no era Cromos, que existían Life y Newsweek, que Luz-Marina Zuluaga no era el único prototipo de mujer, que también estaban Veroushka e Ivette Mimieux –sus grandes amores de esos años–; que la música no era tan solo bambucos y pasillos, que existían los Beatles y Cream e infinidad de magníficas bandas, y que no solo había arepas sino galletas de soda con Coca Cola.

Los textos de los maestros Jacques Gilard, Gregory Rabassa, Germán Vargas Cantillo, Fernando Ainsa, Roberto Vélez Correa, Sandro Cohen y la extensa bibliografía preparada por María-Elena Ruiz que se encuentran en esta edición de *Aleph*, nos dan una idea más precisa de la talla del escritor que es Eduardo.

Yo he leído una parte de su obra y la he disfrutado, pues, como dije antes, mucho viene de ese entorno que tanto compartimos, y puedo descubrir en sus personajes a algunos amigos y contemporáneos. Lo sigo leyendo en su *Blog Literario*, me emociono con los temas que trata, pienso que lo que escribe tiene mucho sentido y, además, creo que escribe muy bien.

En este gran escritor que es Eduardo y que tanto admiro, reconozco al amigo del que he hablado, y para fortuna mía y ojalá para él, el poder recordar con agrado el tiempo que pasamos juntos en Manizales se debe, pienso yo, a que Eduardo y yo solo tuvimos tiempo para soñar, para jugar y para ser amigos.

Para Carlos Enrique Ruiz
y señora, por la alegría
de este reencuentro en
las selvas del Manizale.

Con afecto y
admiración

Eduardo

Eduardo García-Aguilar

Bibliografía comentada de Eduardo García-Aguilar

Maria-Elena Ruiz

La obra del colombiano Eduardo García-Aguilar (Manizales, Colombia, 1953) es importante en el contexto latinoamericano de hoy porque a lo largo de su amplia carrera literaria en varios países de América Latina y Europa, ha luchado como novelista, poeta, ensayista y periodista en contra de la comercialización reinante en la literatura latinoamericana, con una obra que privilegia el estilo y el viaje por los diversos géneros y reivindica la literatura como expresión genuina del ser humano.



La obra de García-Aguilar está compuesta por cuatro novelas y varios libros de cuento, relato, crónica, poesía y ensayo, donde plantea los problemas y retos de su generación frente a los conflictos latinoamericanos y el mundo. Por más de tres décadas ha publicado también centenas de ensayos sobre literatura latinoamericana y mundial, que reunirá en sus libros *Textos nómadas*, *Latir constante en el corazón de México*, y *Paris Express. Crónicas parisinas*, entre otros.

En el campo de la narrativa se destaca la trilogía novelística compuesta por *Tierra de leones*, *Bulevar de los héroes* y *El viaje triunfal*, en los que aborda aspectos de la historia de Manizales, su tierra natal en los Andes cafeteros colombianos, así como el tema del viaje, el destierro, la rebelión y el regreso.

Tierra de leones se refiere a un personaje quijotesco, Leonardo Quijano; *Bulevar de los héroes*, a los periplos del rebelde guerrillero desterrado Petronio Rincón, y *El viaje triunfal*, a la vuelta al mundo de un emblemático poeta latinoamericano errante. *Bulevar de los héroes*, traducida por Jay Miskowicz y publi-

cada en 1993 por Latin American Literary Review Press (Pittsburg) en Estados Unidos de América, bajo el título de *Boulevard of heroes*, y con prólogo del maestro Gregory Rabassa, el traductor de Gabriel García-Márquez, Julio Cortázar y Mario Vargas-Llosa, entre otros, es una de las más originales e incisivas alegorías de la terrible violencia que afecta a Colombia, animada por las ideologías y el fanatismo mesiánico. Rabassa, en el prólogo, la sitúa en el amplio espectro de la novela cervantina hispanoamericana.

Su tercera novela, *El viaje triunfal*, ganadora del Premio Ernesto Sábato-Proartes en Colombia, ganadora de la Beca de traducción del ministerio de Cultura de Colombia 2008, traducida por Jay Miskowiec y publicada en 2009 en Estados Unidos por Aliformgroup (Minneapolis), es una espléndida reivindicación de la palabra a través del viaje alrededor del mundo de un gran poeta latinoamericano imaginario, en el que se hace un homenaje al modernismo, a las vanguardias latinoamericanas y al extranjero profesional exiliado que recorre el mundo. Esta novela es un conmovedor recorrido de la historia colombiana desde finales del siglo XIX hasta el estallido en 1948 de la llamada Violencia.

Su cuarta novela, *Tequila Cosis* (México, Colibri, 2003), es una inmersión en el vientre de la enorme capital de México, en una especie de apertura de la Caja de Pandora multicultural mexicana compuesta por el mundo prehispánico, el periodo virreinal español, la época afrancesada de los tiempos de Porfirio Díaz y las influencias de la cultura norteamericana. En esta obra, que es homenaje a *Bajo el volcán* de Malcolm Lowry, García-Aguilar quiso enfrentar el reto de la translatinoamericanidad al escribir como colombiano una novela profunda y entrañable sobre la Ciudad de México y sus problemas humanos.

En el campo del ensayo, se destaca su obra *México Madness* (Minneapolis, Aliform, 2001), publicada en español inicialmente bajo el título de *Delirio de San Cristóbal* (México, Praxis, 1998), en la que García-Aguilar aborda uno de los conflictos esenciales del continente, el de los indígenas de Chiapas, en México; esta obra también es transcontinental, ya que en ella reivindica al ser humano por encima de fronteras y de nacionalismos. En 2005 publicó su libro *Voltaire: El festín de la inteligencia* (Colombia, Editorial Panamericana, 2005), resultado de la peregrinación que el autor hizo por los lugares donde vivió uno de los primeros intelectuales de los tiempos modernos. Este libro es un homenaje a un autor de gran influencia en América Latina durante las gestas de la Independencia y al país donde ha vivido la mayor parte de su vida, Francia.

Finalmente, García-Aguilar expresa su vocación viajera en la colección de relatos *Urbes Luminosas*, editada por Aliform (Luminous Cities, Minneapolis, Aliform, 2002), donde se relatan experiencias en múltiples ciudades del mundo, desde Estocolmo, donde con estatuto de estudiante el autor trabajó durante cinco meses en 1976, hasta San Francisco, Roma, París, Tegucigalpa,

Panamá, Bogotá y Ciudad de Guatemala, entre otras.

Como homenaje a sus maestros, los dos grandes escritores colombianos Gabriel García-Márquez y Álvaro Mutis, García-Aguilar ha publicado un libro de conversaciones con Álvaro Mutis bajo el título de *Celebraciones y otros fantasmas: Una biografía intelectual de Álvaro Mutis*, editada en Colombia y España, y traducida y publicada en Francia por Folle Avoine, en 1999. Asimismo, publicó en 1985 *Gabriel García-Márquez: la tentación cinematográfica*.

En el campo de la poesía, *Animal sin Tiempo* (Editorial Praxis, México, 2006), reúne su producción de la última década y continúa ofreciéndonos, mediante la poesía, las terribles inquietudes, dudas y problemáticas del ser humano, análisis que inició en su obra poética *Llanto de la Espada* (Universidad Nacional Autónoma de México, Col. "El Ala del Tigre, 1992), traducida por Stéphane Schaumet y publicada en Francia en 2006.

García-Aguilar viajó muy joven a París, en 1974, donde realizó estudios de Economía Política y Filosofía en la Universidad Paris VIII-Vincennes, el gran experimento del post-68 francés; después vivió en San Francisco (Estados Unidos), y luego en México, donde trabajó como corresponsal extranjero de la Agence France Presse (AFP). Desde 1998 reside en París y trabaja en el servicio español en la sede de la misma agencia noticiosa. Desde su juventud no ha dejado de escribir en diarios y revistas de América Latina (El Tiempo, El Espectador y La Patria de Colombia y los diarios Excelsior y Unomásuno y su suplemento cultural Sábado, de México), en los que ha publicado artículos, columnas, poemas y ensayos.

Bibliografía

Poesía

Palpar la zona prohibida, México, Editorial Oasis, Col. "Los Libros del Fakir", N. 60, 1984, 30 p.

Ciudades imaginarias, México, Editorial Oasis, Col. "Los Libros del Fakir", N. 78, 1986, 30 p. Ilustrado por Arturo Rivera.

Llanto de la espada, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Col. "El Ala del Tigre, 1992, 78 p.

Llanto de la espada, traducido al francés por Stéphane Chaumet y publicado en 2006 con el título *Temps de Crabes* por la editorial L'Oreille du loup.

Animal sin tiempo, México, Ed. Praxis, 2006.

Nada perpetua, México, Universidad Nacional de Colombia, Col. "Viernes de poesía", 2009, 33 p.

Novela

- Tierra de leones, México, Ed. Leega, 1986, 126 p.
- Tierra de leones, Manizales, Colombia, Instituto Caldense de Cultura, 1997, 150 p.
- Bulevar de los héroes, México, Ed. Plaza y Janés, 1987, 240 p.
- Boulevard of heroes, Pittsburgh, Pennsylvania, Latin American Literary Review Press, Series "Discoveries", 1993, 192 p. Prólogo de Gregory Rabassa. Traducción al inglés por Jay Anthony Miskowiec.
- El viaje triunfal, Colombia, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1993, 320 p.
- El viaje triunfal, México, Ed. Nueva Imagen – Grupo Editorial Patria, Col. "Plaza Mayor", 1997, 280 p.
- El viaje triunfal, Barcelona, Ed. Altera, 2003, 290 p.
- El viaje triunfal, Calcuta, India, Ed. Aclas, 2005. Traducida al bengalí por Supriya Basak.
- The triumphant voyage, Minneapolis, Usa, Aliform Publishing, 2006. Traducción al inglés por Jay Anthony Miskowiec. 2009.
- Tequila Caxis, México, Ed. Colibrí, 2003, 208 p.

Cuentos y Relatos

- Cuaderno de sueños, México, Ed. El Tucán de Virginia, Col. "Prosa", 1981, 56 p.
- Manuscrito hallado en el nochero de Seymour Menton, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Col. "Laberinto", 1983, 20 p.
- Urbes Luminosas, México, Ed. Leega, 1991, 152 p.
- Urbes Luminosas, Bogotá, Ed. Colcultura, Col. "Escritores colombianos en la diáspora", 1993, 156 p.
- Luminous Cities, Minneapolis, Usa, Aliform Publishing, 2002, 184 p. Traducción al inglés por Jay Anthony Miskowiec. Ilustraciones de Santiago Rebolledo.

Ensayo

- Gabriel García-Márquez: La tentación cinematográfica, México, Filmoteca de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.
- Celebraciones y otros fantasmas: Una biografía intelectual de Álvaro Mutis, Bogotá, Colombia, Tercer Mundo Editores, 1993, 156 p.
- Alvaro Mutis: Sourvenirs et autres fantasmes. Entretiens avec Eduardo García-Aguilar, Bedée, France, Editions Folle Avoine, 1999, 144 p. Traducción al francés por Michèle Lefort.
- Celebraciones y otros fantasmas: Una biografía intelectual de Álvaro Mutis, Barcelona, Ed. Casiopea, Col. "Ceiba", 2000, 128 p.
- Delirio de San Cristóbal: Manifiesto para una generación desencantada, México, Ed.

Praxis, 1998, 208 p.

México Madness: Manifiesto for a Disenchanted Generation, Minneapolis, Usa, Ali-form Publishing. 2001, 194 p. Traducción al inglés por Jay Miskowiec.

Voltaire: El festín de la inteligencia, Bogotá, Colombia, Ed. Panamericana, 2005, 88 p.

Veinte ante el milenio. Cuento colombiano del siglo XX, México, Difusión Cultural Unam, Serie "Antologías", 1994, 318 p. Selección y Prólogo de Eduardo García-Aguilar. 320 p.

Veinte ante el milenio. Cuento colombiano del siglo XX, Colombia, Biblioteca Familiar de la Presidencia de la Republica, 1996, 280 p. Selección y Prólogo de Eduardo García-Aguilar.

Veinte asedios al amor y a la muerte. Cuento colombiano al borde del siglo XXI, Colombia, Ministerio de Cultura, 1997, 225 p. Selección y prólogo de Eduardo García-Aguilar.

Veinte asedios al amor y a la muerte. Cuento colombiano al borde del siglo XXI, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Col. "El Guardagujas", 1998, 228 p. Selección y prólogo de Eduardo García-Aguilar.

Tesis Universitaria sobre García-Aguilar

Miskowiec, Jay. *Trough a topic of light: Eduardo García-Aguilar Boulevard of heroes*. City University of New York. Ph.D Dissertation in comparative literature, 1991.

Loaiza Arango, José Fernando, *Manizales en la trilogia de Eduardo García-Aguilar*, Manizales, Colombia, Universidad de Caldas, Centro Editorial, 2001, 192 p.

Hemerografía

Una completa hemerografía de sus textos publicados en diarios y revistas en México desde 1980 hasta la década de 1990 figura en el Diccionario de Escritores Mexicanos, Tercer volumen, Letra G, elaborado por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Maria-Elena Ruiz. Ex presidenta de la sección mexicana del Pen Internacional y organizadora del Congreso Internacional del organismo en la Ciudad de México en 2003.

Sobre “Bulevar de los héroes”

Gregory Rabassa

Cuando el llamado boom de ficción hispanoamericana surgió en los años sesenta y setenta, se empezó a hablar de realismo mágico, o como lo denominó Alejo Carpentier, lo real maravilloso (the whonderous real), fue evidente que los escritores de Sur América habían empezado a reconocer su propia y peculiar realidad y que sus tradiciones se habían expandido más allá de los aportes indígenas, africano, y de las tradiciones europeas. (...)



Fue Gabriel García-Márquez, el más famoso de los escritores del boom, quien llamó posteriormente la atención sobre el retrato de lo que había sido tomado como el fenómeno político hispanoamericano, o sea el dictador, o más exactamente, el caudillo. En su novela *El otoño del patriarca* podríamos encontrar un compendio de todos los dictadores. En la figura de un aparentemente joven tirano, percibimos rasgos de Porfirio Díaz, Perón, Juan Vicente Gómez o incluso de Francisco Franco de España, concluyendo que la cultura siempre es una, y que tenemos novelistas que han precedido y seguido a García-Márquez, cada uno con su peculiar estilo al diseñar su dictador. Inicia el ciclo Miguel Angel Asturias con *El Señor presidente*, basado en el dictador Cabrera Estrada, pero cuya novela fue pública durante el segundo periodo de Jorge Ubico de Guatemala. En la novela de Asturias, la figura del tirano es difusa. Representa el poder diabólico que mueve los hilos de las cosas, como las vemos en la novela, pero nosotros no llegamos a ver su verdadero perfil. (...)

Es evidente que el boom no fue pan comido para la segunda

generación de los escritores que retomaron su antorcha y lo continuaron, demostrando lo que el movimiento significa y representa. El boom estilísticamente no es solamente un ejercicio descriptivo. La posmodernidad huye del significado; es caprichosa y genera doble confusión para hispanoamericanos que utilizan el término. (...)

Esta segunda generación ha continuado con los temas de sus predecesores, algunas veces desde diferentes ángulos. En todo caso, estos jóvenes escritores son igualmente originales y no siempre imitadores del viejo grupo. (...)

Es natural que todo tema local, como el de la dictadura e insurrección continúe interesando y reclutando jóvenes escritores. Eduardo García-Aguilar es un colombiano que al igual que García-Márquez residió en la ciudad de México, lo que le permite ver su país natal con una perspectiva externa que realza su visión de las maravillas de la realidad.

Su héroe revolucionario, el Loco Rincón, a veces parece ser una versión abierta del coronel Aureliano Buendía de García-Márquez. En el caso de Rincón su introspección se despliega al lector a través del monólogo interior y otros recursos que hacen menos misteriosa su psicología que la del coronel, aunque es también un gran fracaso militar y político.

El es en últimas enviado al exilio en París, como lo fue el caso de muchos de los caudillos fracasados. El remoquete de Rincón nos remite una vez más a Cervantes, quien declaró que Don Quijote se había enloquecido porque su cerebro se había secado por culpa de las lecturas de los libros de caballería para darnos un auténtico héroe.

La circunstancia de su locura implica que su heroísmo sea otra faceta de la locura, lo mismo que la santidad, la categoría en la cual Unamuno ha situado a Don Quijote. Héroes, santos y sabios, todos locos, sobreviven, antes de ser leyendas, pero todos fracasan: Jesús, Don Quijote, el coronel Aureliano Buendía, como Simón Bolívar y el Loco Rincón.

Los dos mundos diferentes de la novela son igualmente reales y por lo tanto, igual de fantásticos. García-Aguilar ha mostrado que la cultura hispanoamericana es aun inexplicable, al menos que la podamos explicar desde la cultura europea, como cíclicamente sucedió con impredecibles periodos de locura como el Nazismo y otras extrañas manifestaciones de necesidades y sentimientos populares.

En esta novela los dos mundos, París y el trópico, aparentemente distantes, se equilibran en la ecuación del loco Rincón; todos rodeados por la locura. García-Aguilar muestra entonces que no existe fisura entre el Mundo antiguo, que las tradiciones nos han sido dadas como algo analizado y entendido por muchos años (revisiónismo de paso) y el Nuevo, siempre aceptado como una serie diferente y difícil de valores o normas.

Ellos están en las mismas condiciones humanas e igualmente sufren la mis-

ma locura. Cuando los españoles llegaron a América se encontraron con una naturaleza loca (Crazy nature), pero al mismo tiempo una de sus locuras más típicas las protagonizó Lope de Aguirre, el loco Aguirre, más honesto en unos objetivos que en otros, como quizás ha sido recientemente interpretado.

Bulevar de los héroes se sitúa por supuesto en París, aquel paraíso terrenal de los tiranos caídos (excepto Napoleón, quien terminó sus días en una olvidada isla del Atlántico), pero en esta novela se debe identificar como uno de los círculos (cerchi) del infierno de Dante. (...)

Este es el mismo París artificial del Baron Haussmann, con el bulevar que lleva su nombre. Tal vez Bulevar de los héroes. En París, Petronio (no tanto el Loco) encuentra a Adela, tal como la presente y recuerda Cortázar en su maravillosa epónima: La Maga de *Rayuela*, habitante del temprano París del exilio. Su nombre también recuerda a Adelita, la patrona de las fuerzas villistas de la Revolución Mexicana y más tarde la encarnación de Guadalupe.

El mito se mezcla, entonces, hasta convertir a París en edén y jungla, ante la imposible realidad que vive Rincón para encontrar su propia tierra prometida. (...)

Lo que tenemos en esta novela es la segunda fase de la novela del caudillo, como parte integrante de lo nuevo, o mejor, la nueva novela cervantina de hispanoamérica.

El capricho literario nos llevará a encontrarnos con lo que ellos han llamado intertextualidad entre parisinos y revolucionarios, culturas hispanoamericanas, ambiguas ambas como debe ser, dada la presencia de más de tres desconocidos.

Como parte que es la nueva novela hispanoamericana de una gran refundición cultural, *Bulevar de los héroes* puede ser considerado como un aspecto de la vida del coronel Aureliano Buendía que ha tomado una dirección distinta después de haberse levantado una mañana. Petronio Rincón puede ser una de sus posibilidades si no es un Doppelganger (doble). En todo caso, estamos frente a una excelente novela que ofrece otra perspectiva con su nueva mirada del fenómeno de la revolución y del caudillismo, tal como se ha transformado éste en hispanoamérica con el paso de los años.

* Gregory Rabassa es el principal traductor de literatura hispanoamericana en Estados Unidos y a él se deben las traducciones de Cien años de Soledad de Gabriel García-Márquez y Rayuela de Julio Cortázar, entre otros muchos clásicos. Fue hasta su retiro profesor en Queens College and the graduate school de New York, CUNY. Los apartes del prólogo de Gregory Rabassa a la novela Bulevar de los héroes de Eduardo García-Aguilar en la edición en inglés de Latin American Literary Review Press. Pittsburgh. 1993, fueron traducidos por Roberto Vélez-Correa (Manizales. 1952), ya fallecido, y entonces decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Caldas.

“Bulevar de los héroes”: la ideología de los sueños

Sandro Cohen

Equidistante entre la parodia y el himno nacional, entre una realidad exuberante y un sueño enrarecido por otras muchas realidades, *Bulevar de los héroes*, de Eduardo García-Aguilar, es una de las novelas más ricas y sorprendentes de los últimos años.

García-Aguilar parte de una situación común a muchas novelas contemporáneas latinoamericanas: el exilio de un ex guerrillero. Durante las primeras 160 páginas del volumen, alterna escenas de exilio parisino del protagonista con su vida en la Gran República de los Andes (entiéndase Colombia).

Sin ningún orden cronológico mediante —la escritura es tan clara y precisa que la cronología se va dando solo en la mente del lector—, el autor dibuja la infancia, la adolescencia y madurez de quien se convertiría en el guerrillero más quijotesco —y menos “político” — de los Andes. En lugar de arengas ideológicas, el joven líder ofrece sus sueños. A las acostumbradas justificaciones de la toma del poder, el “Loco (Petronio) Rincón” opone su visión de dragones copulando, lluvias de meteoros y la Cruz del Sur como símbolos de un mundo mejor.

Su vida parisina es aun más folclórica que la que llevó como guerrillero. Se transcurre entre terroristas, cirqueros, mendigos, y la vanguardia de más rara aristocracia. Viendo los castillos de Europa, Petronio se da cuenta de su propia miseria y su cosmovisión se transforma de manera tan radical como la novela misma. A raíz de un golpe recibido después de haber vaciado su vientre en la alfombra de las oficinas del Partido de la Felicidad



Obligatoria, Petronio es curado en el Hospital Saint-Louis. Vistiendo la bata reglamentaria del hospital, un día baja por la puerta que lleva al “misterio”. Esta puerta, como el cristal de “Alicia a través del espejo”, es la frontera entre dos realidades. A partir de entonces el Loco Rincón ya no se encuentra en este mundo o, por lo menos, eso parece.

Hasta ese momento, *Bulevar de los héroes* cabía más o menos dentro de la joven tradición de la novela contemporánea. Pero cuando Petronio entra en el “mundo violeta”, García-Aguilar decide arriesgar una apuesta mucho mayor: rompe, aparentemente, la modesta estructura que la novela llevaba hasta entonces para llevarla por los reinos de una fantasía en que todos los tiempos históricos confluyen de tal manera que las diferentes ideologías —desde las manejadas en la revolución francesa hasta las utopías fascista y comunistas, pasando por las liberaciones latinoamericanas del XIX— se ven transparentemente encimadas, productos de un solo afán, y carcomidas por la enfermedad que ese afán lleva implícita: la corrupción que medra con el poder, el peligro que acecha tras las “verdades únicas”. Esto se resume en la propuesta absurda del estribillo que se lee varias veces en el libro, en boca de personas aparentemente disímiles: “todo no vale nada si el resto vale menos”, según el verso de León de Greiff.

Inspirado a ratos en el “Informe sobre ciegos” de Sábato y a ratos en los terribles pasajes de Mordor de Tolkien, García-Aguilar echa su casa literaria por la ventana durante lo que parece ser el resto del libro. El lector piensa que la incursión fantástica ya va a terminar, que Petronio va a regresar por la puerta del misterio o que va a despertar de su delirio para que el libro pueda concluir como dictan las reglas del decoro novelístico. No es así.

Lo que salva al aparente desbarajuste estructural de *Bulevar de los héroes* radica en que sí vuelve, solo que el lector no sabe bien ni cuando ni como.

El mito y la realidad se hallan de tal manera trenzados que la frontera del regreso es apenas perceptible. Es más: como en *El mago de Oz*, las semillas del regreso se habían sembrado desde la partida; se van acumulando y madurando a lo largo de los días de búsqueda, y florecen de nuevo cuando nos damos cuenta de que “esto es la realidad”.

Y si se analiza la novela un poco más profundamente, ni la realidad era tan real, ni la fantasía resultaba tan inverosímil. Gracias a la escritura tan sólida y segura de García-Aguilar, *Bulevar de los héroes* va más allá de las convenciones para internarse en los ámbitos de una imaginación en que la realidad, o las realidades pueden apreciarse y enjuiciarse con una claridad poco común en la literatura contemporánea.

* Sandro Cohen. (Newark, N. J., EEUU, 1953). Realizó estudios en la Universidad de Rutgers y posteriormente obtuvo su doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México. Poeta, ensayista, editor y profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana de México.

El bazar interminable -Crónicas parisinas-

Eduardo García-Aguilar

Mi obsceno París literario

Trabajo en la Plaza de la Bolsa, a pocos metros de donde vivió Simón Bolívar en dos ocasiones en 1804 y 1806, en tiempos de Napoleón. Por ahí, a dos cuadras, Stendhal escribió *Rojo y Negro* y sufrió un desmayo que lo dejó tirado en la calle. Esa era la zona financiera y el sector de la poderosa prensa coludida con la plutocracia descrita por Balzac, Zola y Maupassant.



A dos cuadras mataron al socialista Jean Jaurès y al lado publicó Emile Zola su famoso *Yo acuso* en protesta por la condena al militar judío Dreyfus en el diario *La Aurora*. Uno puede caminar ahora por los mismos lugares por los que ellos paseaban y la diferencia es poca. Por esta zona, orilla derecha del Sena, están los famosos pasajes del siglo XIX, sobre los que escribió el autor judío-alemán Walter Benjamin. Los grandes multicentros de tiendas y cafés lujosos de la época eran pasajes que cruzaban de una calle a otra y en el interior había cafés, almacenes, sitios de encuentro, cortesanas, y eso está detallado en la obra de todos los escritores del XIX.

Es delicioso caminar por París y poder leer esas obras y encontrar que las mismas calles están como si no hubiera pasado el tiempo. Encontrarse con la placa de Molière, que vivió y murió aquí cerca, o con las dedicadas a César Vallejo y al gran viajero Bougainville es lo más natural del mundo. Es una ciudad literaria y lo literario es aquí hibernar. En París la obra literaria de todos

los autores ha estado marcada por el invierno, el hielo, la tuberculosis, la muerte de *Los Miserables* de Víctor Hugo o Jules Vallès. Gérard de Nerval, el autor de "Aurelia" y otros decadentes como Maupassant fueron prácticamente aniquilados por el invierno, el frío y la tuberculosis, la sífilis y la depresión neurasténica reinante a fines del siglo XIX y comienzos del XX. En las habitaciones y oficinas la calefacción era precaria en ese entonces, mientras hoy se vive en casas con clima equilibrado y en los cafés se instalan aparatos que posibilitan estar afuera, sentado, tomando vino o cerveza sin tener frío, pero los autores del XIX y otras épocas sí sufrían de una forma terrible el invierno y de ello morían.

Me agrada andar por las calles de Saint Germain-des-Prés, epicentro de la vida literaria donde estuvieron presentes Joyce, Beckett, Camus, Hemingway, Sartre, Simone de Beauvoir y Roland Barthes y sobre todo los escritores latinoamericanos. En los años 20 y 30 París era el centro de la literatura latinoamericana, con autores tan importantes como los peruanos César Vallejo y los hermanos García Calderón, el guatemalteco Miguel-Ángel Asturias y el mexicano Alfonso Reyes. Hay placas que ellos colocaban con ceremonias para celebrar a los latinoamericanos que los antecedieron como el gran nicaragüense Rubén Darío, el colombiano Vargas Vila y el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, que vivieron en París en la transición del siglo XIX al XX, en tiempos del viejo Paul Verlaine.

París hoy es mucho más cosmopolita que antes. Hay barrios paquistaníes, indios, chinos, rusos, árabes, africanos, judíos, de modo que también me encanta caminar por el mundo popular que nos transporta hacia el Extremo Oriente, Oriente Medio, África y la Europa Oriental como si uno hubiera tomado un avión hacia esos lugares. Hacia el norte de la ciudad, cerca de las estaciones ferroviarias del Norte y del Este, por Belleville o Montmartre, donde viven árabes, tailandeses, sirlankeses, japoneses, judíos, africanos, la ciudad es una urbe semiproletaria donde se hablan todas las lenguas y se lucen las más extrañas prendas, lo que contrasta con los barrios de la perfumada burguesía mundial, situados por Madeleine, Place Vendôme, Trocadero, Passy, Monceau, Saint-Cloud, Boulogne y otros sectores.

Hay cuatro épocas fundamentales de la literatura latinoamericana parisina. Primero el modernismo con Rubén Darío, Gómez Carrillo, José María Vargas Vila y otros latinoamericanos que vivieron intensamente cuando estaban vivos Verlaine y Mallarmé. Luego viene la generación de entreguerras en los años 20 y 30, cuando todos los escritores latinoamericanos venían a estudiar como el joven Asturias o a hacer diplomacia como Alfonso Reyes. Más tarde viene el "boom" latinoamericano en el que estuvieron presentes García-Márquez, Julio Cortázar, Alejo Carpentier, Severo Sarduy, Julio-Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce-Echenique, Mario Vargas-Llosa, y como diplomáticos y vedettes activas Octavio Paz y Carlos Fuentes. Y en la actualidad vive una vasta generación de autores latinoamericanos de todas las nacionalidades.

Los escritores latinoamericanos malditos no vivieron tan mal como dice la leyenda. César Vallejo no vivió tan triste y pobre como se cuenta bajo el frío y la lluvia de París "con aguacero". Su tumba está en el cementerio de Montparnasse, rumbo de fiesta en tiempos de entreguerras. Todos vivieron momentos muy felices porque había vino y fiesta y eso en todos los casos, desde la generación de Rubén Darío, a la de Asturias, y a la de García-Márquez, que se queja de su etapa parisina, pero se la pasaba de rumba tocando y cantando en los bares de Odeon al lado del artista venezolano Soto.

Los que vivimos ahora en esta primera década del siglo XXI somos los escritores más felices de todas las generaciones, a salvo de la tuberculosis y la sífilis y la soledad. Vivimos en una jaula de oro y con la alegría de que la literatura latinoamericana ha pasado de moda. Ya no somos los exitosos personajes folclóricos de antes, sino que entramos a la era cosmopolita donde cada esquina del mundo es el mundo mismo y París un obscuro lugar literario cargado de fantasmas del pasado que chillan desde sus frías mazmorras de gloria.

Vivir en París en el siglo XXI

Aquí vivo y he vivido. París para mí es el centro, la matriz, el lugar amniótico donde me siento a salvo. Porque soy extranjero, que es el estatuto que más amo, me diluyo en esa increíble variedad de habitantes de todos los orígenes, de todos los rincones del planeta, de todos los mestizajes, pobres, ricos, miserables. Aquí llegué de 20 años, aquí estudié, aquí aprendí a vivir, a conocer el mundo, a relacionarme con gente de todos los colores y tendencias y aquí he vivido los momentos más felices y los más terribles de mi vida. París está marcada en mi piel. Es mi hábitat animal en el más profundo sentido de la palabra, es mi zoológico personal, mi jaula propia. No porque sea bella y esté llena de historia, sino porque en ella he vivido la mayor parte de mi vida para bien o para mal.

Llegué a París en abril en 1974 porque la Universidad Nacional de Colombia, donde estudiaba sociología, siempre estaba cerrada por huelgas y disturbios y me sentía asfixiado en ese país arcaico, cerrado y cruel. Además quería conocer el mundo. El primer día decidí guardar las maletas en un locker y caminé todo el día solo. A mediodía me bajé del bus Air France en la explanada de Invalides y vi por primera vez el Sena, el Grand Palais con sus cúpulas verdes de hierro, el Louvre, la emblemática Torre Eiffel, imágenes tan familiares de tanto haberlas visitado en los libros.

Comenzaba la primavera. Acababa de morir el presidente Georges Pompidou. Compré Le Monde y le Nouvel Observateur y empecé a caminar, aunque los amigos franceses que me esperaban estaban preocupados por mi "desaparición", según me dijeron después. Era un grupo de espléndidos maestros trotskistas, encabezados por Madame Raganaud y su madre, una resistente antinazi comunista, que desde entonces fueron los mejores amigos, a quienes

he visto envejecer y morir como una familia. Esa misma semana me mostraron los tugurios donde vivían hacinados como bestias los árabes que llegaron después de terminar la guerra de Argelia. Ahí descubrí el lado oculto de este país racista y que los negros y los árabes eran humillados y discriminados. Y las terribles heridas que habían dejado en los franceses tantas guerras perdidas.

Pero uno de los años más felices de mi vida los pasé en California, en 1980. Primero en Los Ángeles, donde viví con unas amigas en una casa en Loma Drive, cerca de downtown, el San Bonaventure Hotel y la vieja biblioteca municipal. En esta última leí por primera vez en inglés *Lolita* de Nabokov. También estuve en un festival de cine en Century City y ahí vi al gran Joseph Losey. Asistíamos a maratones nocturnos de cine, por ejemplo series de películas de gladiadores o de guerras bíblicas y debates con jóvenes y viejos cineastas. De hecho ahí escribí una crónica para la revista *Café Literario* que se publicaba entonces en Colombia.

En la UCLA asistí a una conferencia de Octavio Paz y tuve una primera visión de la cultura sincrética mexicana, pero lo más importante fue descubrir la soledad de los mexicanos y los chicanos, la miseria de los trabajadores inmigrantes. Había playa y rock and roll, pero esa tristeza de los trabajadores, ese culto al trabajo, los salarios de miseria, el dominio del dios automóvil en las autopistas, me impresionaron. Por eso me fui de ahí a San Francisco, donde primero viví en el Hotel Western de la calle Leavenworth, cerca de Market street, con sus chicanos y low riders.

Era un mundo de película, marginal, terrible y maravilloso a la vez. Inmigrantes chinos, camboyanos, filipinos. Droga y miseria en las calles, pero también mucha cultura alternativa. Después viví en una casa en Berkeley, en Virginia Street con unos estudiantes y con amigos entrañables como Arturo Escobar, Susana Cabrales y Margarita Restrepo, viví una vida de balneario bronceándonos en Lake Anza y montando en bicicleta por la Bay Area, junto al Golden Gate. Berkeley todavía vivía las remanencias del hippismo y en los bares uno podía de repente ver a Carlos Santana o a su hermano haciendo solos de guitarra o grupos punk como Dead Kennedys. Además trabajé para el censo de Estados Unidos todo el año y ahí tuve oportunidad de conocer a mucha gente de los exilios y las diásporas. Era cerca del puerto, por Van Ness street, junto a esas calles hermosas por donde cruzaban los tranvías. San Francisco es inolvidable, el París del Pacífico. Una ciudad sísmica que fue destruida en 1906, anclada en una arquitectura victoriana y en la modernidad de los rascacielos junto al mar.

Hubo un momento en que a pesar de vivir en ese extraño paraíso que era San Francisco, sentí la necesidad de volver a un país hispanico que no fuera Colombia y donde pudiera escribir y publicar en revistas y periódicos y emprender la escritura de unos libros. Estados Unidos es muy pragmático, todo el mundo habla de dinero, ahorrar, trabajar, acumular y ese no era mi objetivo.

Tenía hasta dos cuentas de banco, una en California Savings y otra en Bank of America. Entonces de un día para otro compré el boleto barato en el vuelo de Mexicana llamado Tecolote o La Lechuza, avión nocturno donde regresan los inmigrantes y me fui a México Distrito Federal. La primera semana me presenté en Excélsior con don Edmundo Valadés, el amigo de Juan Rulfo y director de la revista El Cuento, y le dije que quería escribir allí. Me pidió dos artículos de muestra. Desde entonces he sido columnista de Excélsior y de otros medios mexicanos. Pero después de mucho tiempo de vivir en México, era necesario volver a cambiar y regresar a una Europa que de nuevo es una incógnita, después de la caída del Muro de Berlín.

Como viví mis años universitarios en París en una década espléndida de cambios y revoluciones, quería volver a vivirlo ya "grande", adulto, con un trabajo fijo y ver las transformaciones de la ciudad y su gente. Ha sido una experiencia comparativa muy interesante. De hecho tengo un libro inédito de crónicas sobre París en esta primera década del siglo XXI, que no tiene nada que ver con el París de los años 70.

Ahora es otra cosa. Antes los edificios estaban cayéndose y no los habían limpiado desde el siglo XIX. Ahora es un museo, todo lo limpian y lo renuevan cada año, cada esquina, monumento, estatua, gárgola, lo pulen día a día. Es un inmenso museo o un escenario para los 60 millones de turistas que vienen cada año. Y además volví porque amo la literatura francesa de todos los tiempos y los libros de ocasión son baratos y hay miles de actividades culturales fascinantes. Frecuento los barrios de extranjeros, negros, paquistaníes, chinos, indios y asisto a sus fiestas multitudinarias como la que se hace en honor del dios elefante Ganesha o las fiestas anuales de los chinos.

Trabajo en la Agence France Presse, a donde entré en la oficina de México en 1986. Ahora estoy en la sede, a una cuadra de donde vivió Bolívar en la rue Vivienne en 1804 y 1806 y al lado de donde Stendhal escribió *El rojo y el negro*, mataron a Jean Jaurès y donde estaban los periódicos históricos del siglo XIX, en ese ambiente periodístico tan bien descrito por Maupassant en *Bel Ami* o por Balzac en *Esplendor y miseria de cortesanas*.

Aquí a dos cuadras estaba el diario La Aurora donde Zola escribió el famoso *Yo acuso*. Para mí ha sido una gran experiencia haber trabajado gran parte de mi vida en esta agencia que es una de las tres más importantes del mundo al lado de Reuters y AP. Aquí he aprendido y sigo aprendiendo mucho. En este momento estamos todos trabajando con la revolución en los países árabes. Es un trabajo agitado y emocionante, colectivo, que mantiene en circulación el cerebro. El resto es literatura y arte. Caminar y tomar vino con los amigos en las barras de los bistrós. Y deprimirse y sufrir terribles gripes y otitis en invierno.

París es una ciudad muy cara, especialmente después de la llegada del euro. Para vivir correctamente aquí hay que tener un trabajo estable y cuidar-

se mucho de no derrochar el dinero en los bares y restaurantes, que son inmensamente costosos. Hay que ser administrador de sí mismo, siempre pendiente de pagos de facturas, impuestos, y requerimientos de todos los tipos.

Francia es un país muy burocrático, lleno de papeleos, hay que estar siempre con carpetas a la mano y no descuidarse un instante porque si se olvida uno de enviar un correo, puede entrar en una verdadera dinámica kafkiana. Cada día aumenta la precariedad, hay mucha pobreza oculta y una soledad impresionante, hay miles de indigentes, personas que pierden el empleo o se divorcian o enviudan y entran en una espiral implacable de marginación, pierden todo, el sistema los tritura, los vuelve marginales.

A esos cientos de miles que caen en esa espiral los ayudan muchas instituciones caritativas como los Restaurantes del corazón o Emmaüs, que sirven millones de comidas diarias para dar de comer a pobres, ancianos, jóvenes, niños, inmigrantes que medran en todo el país escondidos en sus precarios alojamientos o en la calle y debajo de los puentes, entre el frío y la soledad. Pero hay mercados y lugares donde se consiguen cosas muy baratas y supermercados como Leader price, donde compran los pobres, los desempleados y la clase media a bajos precios.

Hay temporadas en que voy mucho a cine. No a ver novedades de Hollywood, que me interesan poco, sino cine de arte asiático, europeo o latinoamericano y en especial a ver películas con temas parisinos, filmes que desde los tiempos de la *nouvelle vague* son íntimos y trabajan el laberinto del deseo, la asfixia y el hastío. También desde que tenía 20 años voy a los cines de la rue des Ecoles, en el barrio latino, cerca de la Sorbona, que se dedican sólo a los clásicos de la cinematografía. Ciclos de los años 30, 40, 50 y 60. Ciclos de los grandes directores.

La esquina del cine Champolion es una delicia. Ahí una noche se me sentó en la butaca de al lado Claude Chabrol durante la proyección de una película de Hitchcock. Siempre hay alguna sorpresa que uno no ha visto hace tiempo o nunca ha visto. En lo que respecta a conciertos de rock, voy poco, pero en cambio voy a jams de jazz en la rue des Lombards, en el bar Baiser Salé, o al Caveau de la Huchette, que existe desde los tiempos de Miles Davis y a escuchar música popular francesa en Pigalle en Les Noctambules. Y voy a conciertos de mitos o leyendas como la gran Juliette Greco, la existencialista, que todavía está viva y bella. Ahora hay conciertos de rockeras de los viejos tiempos, como Marianne Faithfull o Pat Smith, por ejemplo. Pero se necesita mucha plata y mucho tiempo para ir a todo eso.

De famosos, lo increíble es que uno se los cruza por la calle a todos. Por ejemplo, me he encontrado con Catherine Deneuve en alguna barra en la rue Saint Honoré, donde toma un café con su novio, cubierta por gran abrigo de piel. Otra vez me crucé con Denis Hopper, al lado de una modelo que doblaba su estatura por Palais Royal. En mis tiempos de estudiante vi una vez en Saint

Sulpice al mítico Papillon y en un café de Saint Michel vi como nos miraba con lascivia a mi y a mi amiga de entonces el poeta Louis Aragon, cuando ya anciano y viudo, tras la muerte de Elsa Triolet, tenía el pelo largo y estaba a la deriva desatado en sus años finales. Decían incluso que se había vuelto homosexual. Por supuesto en 1979 vi babeante a Jean Paul Sartre llevado del brazo por Simone de Beauvoir en el cementerio Père Lachaise, en el entierro de Pierre Goldmann, mientras tocaba congas Azuquita. Y era fácil ir a cursos y ver por ahí a Roland Barthes, Louis Althusser, Jacques Lacan, Michel Foucault, en esos inolvidables años 70.

También cuando trabajaba en L'Express en 1975, entregando las prendas a las modelos para las sesiones fotográficas, en la sección Madame Express, vi llegar a Alain Delon joven, en pleno apogeo, ante la histeria de todas las empleadas de esa revista que casi se desmayaban a su paso. También tuve la fortuna en 1978 de conocer y hablar con Julio Cortázar en Toulouse y perseguirlo y escrutarlo durante tres días, cuando sólo salía con la cantante de protesta y novelista colombiana Alba Lucía Angel. Y recientemente estuve en casa de Edgar Morin, que es el lúcido patriarca nacional de la filosofía y el pensamiento en estos momentos en Francia. Me llevó en su carro por Normandía. Me ofreció tequila. Nos tomamos fotos. Me contó su vida y su amistad con Breton. Tiene 87 años y parece de 30. Es un tipo espléndido.

Los domingos, cuando no trabajo, porque la France Presse nunca para, mi mayor placer en la mañana es ir a un típico mercado sobre ruedas donde hay productos y cosas traídas de todas las regiones del campo y la gente se agita para comprar quesos, productos marinos, verduras, carnes, platillos y objetos domésticos, flores, especias, pan y ropa barata de muy buena calidad. Es el campo que se desborda en todas las ciudades y pueblos los domingos, un campo que tiende a desaparecer por la industrialización agraria en el marco de la Comunidad Europea. Ahí uno se libera del odioso supermercado. Es una feria, una alegría, hay música, militantes que reparten hojas, vendedores de periódicos, loquitos, humoristas, todo puede ocurrir ahí. En la tarde me gusta ir a un mercado de pulgas, llamado Brocante, donde chécheres viejos, ropa, objetos, muebles, libros, se extienden por cuadras y cuadras, y donde uno puede encontrar cualquier sorpresa, incluso, por qué no, un Rembrandt por un euro. Cartas viejas, postales, bibelots, libros. Eso es lo que más me gusta. A veces sueño que en uno de esos mercados de chucherías encuentro todas mis cosas personales y objetos que tenía en mi estudio de Buttes Chaumont, cuando era un muchacho en mis 20 años. Es un sueño cíclico. Por fortuna guardo muchas cosas de esa casa como una máquina Underwood de 1909.

Vivo en la Place d'Italie. Cuando empecé el curso de francés de la Alianza Francesa, a los 15 años, lo primero que aprendí era que Monsieur Thibault vivía en el número 13 de la Place d'Italie. Y bueno, aquí estoy en la Place d'Italie, cerrando el ciclo de lo que aprendí en el primer curso de francés. Me gusta mucho el lugar porque está muy cerca de la calle más bella de París, que

es la medieval rue Moufettard y del barrio latino, a donde voy caminando. También está cerca de un nuevo polo moderno y universitario creado alrededor de la Biblioteca Nacional de Francia.

Bajando por un lado, a cinco cuadras, están el río, los muelles, los barcos-peniches donde hay espectáculos, bares y conciertos. Por el otro lado está el maravilloso Jardin de Plantes, donde se sitúa el cuento Axolotl de Julio Cortázar. Y al frente está la entrada al gran hospital La Salpêtrière, donde trabajó Charcot y murió Lady Di. Por ahí transcurre gran parte de Los Miserables de Víctor Hugo. También por aquí está el barrio chino. A tres cuadras vivieron Chou En Lai y Ho Chi Minh, más abajo, en Avenue d'Italie, Günter Grass escribió el Tambor de hojalata, y a dos cuadras murió Jean Genet. Es mi barrio. En todos los cafés y bistrot me conocen. Desde las ventanas veo toda la ciudad en panorámica, porque vivo en un piso 12 de un sólido edificio moderno construido en 1969. A veces regreso al pie del trabajo: cruzo el Palais Royal y Pont des Arts, tomo la vieja rue de Seine, llego a Odeon, subo por Saint Michel hasta Panteón y de ahí bajo luego por Moufettard hasta llegar a la Place d'Italie.

Del lado del glamour, París es una ciudad cosmopolita. Entonces los parisinos y las parisenses son de todos los orígenes, etnias y clases y se dan unas bellezas escalofrantes, desde blancuras prerafaelitas hasta mestizajes exóticos de todos los matices. Se es parisense cuando poco a poco la gente va adquiriendo ese glamour tan especial, que hace que con un simple jean y una camiseta, un foulard y una chaqueta de cuero, o un saco simple, la persona se ve espléndida. Hay un arte en la mezcla de los colores, que es muy especial, además del perfume, que también es muy preciso y tiene significados profundamente eróticos.

Ahora, el parisino o la parisina, negro, asiático, árabe, eslavo, es discreto, no es bullicioso, la gente deja la efusividad para la intimidad. Hay un gran sentido de la individualidad y la discreción. Un temor de invadir y violentar al otro. No es bien visto abordar o dejarse abordar por desconocidos como si ocurre en otros lugares el mundo. Los parisinos son depresivos en invierno y hedonistas en verano. La gente suele vivir sola y muchas parejas viven cada quien respectivamente en sus lugares. Como en todas partes del mundo viven aventuras secretas en hoteles anónimos. Pero el parisino también es el clochard, que ahora se llama SDF (Sin domicilio fijo), los marginales, los ancianos solitarios, la gente abandonada que duerme en la calle, huele mal y está cubierta de llagas. Muchos están deprimidos y no pueden amar ni besar. La soledad es la reina. El amor, el deseo, milagros súbitos. Las parisenses son bellas y terribles.

Hasta ahora París es una de las ciudades más conservadas y cuidadas del mundo y pese a todo una ciudad fascinante y múltiple. Pero como toda ciudad está llamada a desaparecer y ser una ruina hundida en un desierto como Nínive y Babilonia, Atenas, Troya, Karnak o Tebas. Por eso no me arrepiento de

este largo periplo, pese a las incógnitas que genera el viaje permanente. Y este es un testimonio parcial de lo visto y lo vivido en esta primera década larga del siglo XXI, de 1999 a 2015.

La invasión de los turistas

No hay nada igual a los atardeceres en Pont des Arts para los suicidas y los turistas. A principios de julio las calles comienzan a llenarse de viajeros y todas las lenguas se escuchan en las esquinas de los bulevares, el metro, los cafés. La ciudad se vuelve una infernal Torre de Babel. Y París, la noble, la inevitable, la cursi, la profunda, la obscena, la triste, empieza a decir con altavoces: « Dejad que los turistas vengan a mí ». En invierno, por el contrario, podría decir « dejad que los depresivos y los suicidas vengan a mí ».

París alterna sus canículas fugaces con días de lluvia y fríos súbitos. Y al final de la tarde cae de repente un sorpresivo aguacero torrencial y todos se quedan con las ropas ligeras de verano tiritando de frío, debajo de las carpas de los bistrós, en los umbrales de las puertas de las tiendas, tosiendo sin sombrillas, en ridículos pants, sandalias y T-shirt.

Los viejos habituados saben que ese sol maravilloso que hace desempolvar las vestimentas ligeras de algodón y los lentes oscuros, e incita a muchos fanáticos a tirarse a lo largo de la ribera del Sena en traje de baño, es un amigo caprichoso y huidizo incluso en el clímax veraniego de agosto. Y a medida que huyen de la capital sus habitantes de todas las nacionalidades y razas, los alegres turistas lo invaden todo. Vienen de todas partes del mundo, muchos en nueva romería, otros por primera y tal vez última ocasión, como lo expresa su entusiasmo en devorarse cada una de las calles, plazas y monumentos.

Los inefables japoneses tomarán fotos de todo lo que encuentren a su paso, los latinoamericanos adinerados con sus familias en pleno rondarán por los grandes almacenes, siempre cargados de bolsas, los estadounidenses vestidos de safari trotarán sin descanso, grupos de familias de India o Indonesia harán bullicio en torno a las puertas de los hoteles, mientras ancianos jubilados europeos traídos en autobuses descapotables observarán con mansedumbre y tal vez por última vez la ciudad de sus sueños. Gordos, calvos y panzones alemanes o gringos tratarán de ponerle conversación a jóvenes y bellas españolas provincianas que brincotean por las aceras y huyen de su tufo a cerveza y salchicha. En Lido, Crazy Horse y Folies Bergeres el mal champán, a precios astronómicos, recibe a los incautos turistas.

París parece adaptarse con paciencia a la obligación de cumplir la función fundamental de su existencia: ser un museo viviente, lugar de clichés, escenario de símbolos, mitos y leyendas fraguados a lo largo de siglos de historia y que ahora ha sido devorado por la industria turística. La ciudad sabe que en julio, antes de las fiestas nacionales, todos sus habitantes se prepararán a de-

jarla en manos de la horda turística mundial, pero que para la primera semana de septiembre habrán regresado llenos de energía para la movida "rentrée". Y que a lo largo del invierno reinará en todos ellos la depresión y la nostalgia de los amores de verano y los recuerdos de playas y selvas lejanas.

Pero el fenómeno esperado y más significativo, antes de que la ciudad quede vacía en agosto y se cierren cafeterías, tiendas, panaderías, restaurantes, pescaderías, peluquerías y otros sitios públicos, es la temporada de las "soldes", la fiesta de las rebajas anuales. Señoras y señores, compren, todo es barato cada verano. Los habitantes que se quedan o los que están listos a partir a sus destinos turísticos de ultramar se precipitan a la feria de las "soldes", la subasta a precio regalado de los últimos "stocks" en "destockage". Los muy pobres irán a Tati, But, Ikea, Monoprix, los un poquito menos pobres a Printemps, Kookai, Zara, Pimky, Etam, Gap, Celio, Camaieu, C&A, Bazar Hotel de Ville y Samaritaine, los adinerados a las boutiques de marcas de las calles Saint Germain, Champs Elysées y rue Saint-Honoré. La ciudad se llena de avisos de esa índole por todas partes. En rue de Rennes, calles y avenidas aledañas a Montparnasse, rue de Rivoli, Grandes Bulevares, Champs Elysées, Saint-Germain-des-Prés, Opera, Bastille y Republique las tiendas botan todo por la ventana a precios regalados.

Y mientras los parisinos huyen, llegan los turistas, las estanterías quedan vacías y cierran las puertas de casi todo negocio menor, la ciudad se entrega a sus habitantes temporales con la obscenidad de una cabaretera barata y la inercia de un gigantesco y burdo pastel de ilusiones perdidas.

Reminiscencias de un caminante solitario

Sólo basta caminar por cualquier calle de la ciudad para encontrarse con los rastros fantasmales de los más grandes artistas o personajes de los últimos siglos. De repente, cuando se camina una tarde por la ribera izquierda del Sena, hacia la Gare d'Austerlitz, una placa sorpresiva se atraviesa para decir que ahí, al frente, vivieron Abelardo y Heloísa.

Por supuesto, ya no queda nada de aquel tiempo y el edificio que vemos tal vez tiene sólo 200 años, pero no se puede evitar por un instante reconstruir la vida de hace siglos, cuando el pantano y el bullicio de los vendedores de pescado reinaban en estas riberas sucias untadas de sangre.

Abelardo y Heloísa son personajes míticos, impalpables, pero saltan de repente frente al caminante para recordarle que está en un mausoleo. Que sus pasos suenan en el mausoleo. Y que en el mausoleo conviven Colbert y Henry Miller, Richelieu y Kiki de Montparnasse, el reverendo Bossuet y Mata Hari, Descartes y Louis de Funés, Pascal y Brigitte Bardot.

Si está algo subido de tragos y camina con un amigo, de madrugada, rumbo

a la librería Shakespeare and Company, será asustado de repente por la estatua ecuestre de Carlomagno, cubierta por la pátina verduzca del bronce. Espectro temible en la noche, el héroe surgirá con su carga milenaria y espantará con máscara, escudo y espada sobre un enorme caballo del que penden enormes y bronceados testículos de altiva obscenidad. Y eso junto a Notre Dame, que más parece hoy un enorme pastel tieso que una catedral untada de fieles, tiempo, sangre y muerte. Por ironías de la historia, el último heredero de ese nombre magno es Carlomagno Bokassa, uno de los 29 hijos desperdigados del dictador centroafricano, convertido hoy en un triste clochard que recuerda a sus 29 años, entre la suciedad y el tufo de alguna estación del metro, los fastos de la imperial coronación de su emperador padre, los castillos y los hoteles de cinco estrellas.

El mausoleo nos recuerda a cada instante que por aquí vivieron con siglos de diferencia, y en la misma calle, Giacomo Casanova o Philip Roth, o, al otro lado de la ciudad, dos personajes tan distintos como Simón Bolívar o Colette, Balzac o Flaubert. Y que Pablo Picasso, Ernest Hemingway y Henry Miller recorrieron los mismos rumbos que muchos cardenales o conmovedores artistas del sermón como Bossuet. Libertinos y cardenales, asesinos y santos, poetas y espías, pintores o soldados, músicos de gloria o intérpretes andinos de quena, Danton y Robespierre, Edith Piaf y Jim Morrison.

Al lado de una brasserie de Gobelins la gente hace cola para ver el filme *Venus Beauté*, y uno se pregunta qué mano anónima habrá construido a fines del siglo XIX aquella curiosa fachada que ahora adorna una estrecha sala cinematográfica de la cadena Gaumont. Tome un pastis de más, afine la mirada, y descubrirá que el autor fue Auguste Rodin, quien habitaba no lejos de ahí y seguía cursos en una de las escuelas artísticas de esa periferia aplicada al arte de los gobelinos y a la artesanía en serie: ángeles, mujeres desnudas entrelazadas, leones, hidras, sepientes, héroes, águilas, gárgolas de pacotilla, héroes griegos o romanos, sílfides, musas, ninfas para adornar las fachadas de los miles de nuevos edificios construidos durante el auge urbano del siglo XIX.

Camine por la típica calle Mouffetard una tarde cualquiera de abril y ya cerca de llegar al Panteón y a la Iglesia Saint Etienne du Mont, encontrará en el mismo edificio varias placas en francés e inglés donde se dice que allí vivió Ernest Hemingway durante tres años y, escondida, relegada, otra placa dirá que el residente fue, por supuesto, el olvidado Paul Verlaine. Cruce la esquina, pase por el Liceo Henri IV y llegue a la iglesia Saint Etienne du Mont: allí encontrará la adorada piedra de Santa Genoveva, quien según la leyenda acompañó y reconfortó a su pueblo cuando se rumoraba la llegada del temible Atila, hace ya casi 1,500 años. Al frente de esta extraña iglesia podrá internarse en el Panteón para convocar a Víctor Hugo o a Voltaire, o a alguna de las glorias nacionales que duermen en la oscura humedad del sótano. Y si quiere aún más grandeza y más gloria mire a lo lejos y a lo alto la cúpula dorada de

los Invalides, donde reposa Napoleón Bonaparte.

Todo en la ciudad está marcado por la pompa de la historia, los himnos y las trompetas del juicio final... pero sólo hasta cuando se nos cruce un excremento de perro y caigamos de bruces envueltos en el ridículo. Entonces el clochard de nariz roja, a carcajadas y con la botella de vino al aire, te recordará que no eres nadie y que ni Pascal ni Bonaparte ni Brigitte Bardot igualan todos ellos juntos la sabia genialidad de uno solo de los millones de perros parisinos.

Au limonaire: los músicos de la noche

Como es difícil conseguir a estas alturas boletos para asistir a los conciertos de la vieja diva existencialista Juliette Greco, quien a los 71 años regresa a los escenarios de Saint-Germain-des-Prés que la hicieron famosa en los años 50, es necesario, urgente, buscar los antros donde los nuevos cantantes, músicos y poetas jóvenes y pobres inician sus carreras, 40 años después.

Greco es encantadora: de una belleza muy francesa y muy nihilista, Juliette inició su carrera musical en las cavas del barrio latino ganando los aplausos de la misma juventud que ovacionaba a Simone de Beauvoir, Jean Paul Sartre, Albert Camus, Jacques Prévert, Miles Davis y Boris Vian, y que más tarde habría de figurar para la leyenda en la legendaria película *Au bout du souffle*, con Jean Seberg y Jean Paul Belmondo. Ese era un París moderno por excelencia, en blanco y negro, marcado por la nueva ola, la nueva novela y la nueva canción, una ciudad que daba la espalda a los tiempos de la guerra al ritmo del jazz.

Greco se negó a cantar las canciones de moda cursis que le hubieran dado mucho dinero y contra la corriente prefirió cantar los versos de los poetas de su generación con gracia y sensualidad inigualables. Desde entonces todos los ídolos de los años 50 y 60 han muerto, y reposan en los cementerios Père Lachaise o Montparnasse, pero ella sigue ahí, igual de lúcida e irreverente, con sus faldas oscuras a media pierna cayendo por sus líneas deseables, sus cómodos zapatos bajos y los labios besadores que destrozaron el corazón de generaciones de varones. Al observar los álbumes de fotografía, los filmes en donde actuó, las semblanzas y las emisiones televisivas que reproducen en blanco y negro sus proezas, pocos dudan en reconocer que la de década de los 60, como la de los años 20 cuarenta años atrás, fueron las décadas modernas por excelencia de este siglo que termina.

Pero a falta de Greco y sus históricos conciertos de fines de mayo y comienzos de junio en el Teatro del Odeón, en la ciudad vibra la vieja canción francesa en antros diminutos, pobres, discretos, auténticos, donde pervive la energía y el aroma centenarios de París. Los antros donde se inició Charles Aznavour. Antros donde los jóvenes se reúnen para escuchar la tradicional

música de su país, divertirse, comer y tomar vino sin tener que pagar mucho dinero o hacer largas colas, en ambientes carentes de solemnidad y caracterizados por la belleza de esta nueva generación neo-auténtica, neo-hippie, amante de la poesía, las buenas letras y las interpretaciones acústicas en bares cargados de historia.

Estoy ahora con Céline en "Au limonaire" y son las ocho de la noche. El bar queda cerca de los Grandes Bulevares al norte de París, en la Cité Bergère, en uno de los barrios más viejos de la ciudad, no lejos del teatro de las "Folies Bergère", donde en los años 20 se conoció el esplendor de la negra Josephine Baker. El antro queda situado cerca del Museo Grévin, del viejísimo y popular restaurante Chartier y de los pasajes por donde anduvo Balzac tratando de escrutar la mirada de sus personajes a mediados del siglo XIX. Al bar se llega por un pasaje lleno de grandes hoteles ruinosos y abandonados como el Hotel d'Espagne o el Hotel du Bresil y otros muchos donde vivían seguramente las estrellas del cabaret y sus proxenetas y se hospedaban los turistas de la vida nocturna, y donde, tras la fiesta, la danza, los besos y los tragos, iban sin duda a parar finalmente las parejas para dedicarse al amor y a la pasión. Eso se siente aquí: al ingresar al diminuto espacio viejo los años 20 nos inundan. La barra de madera añeja, las paredes opacas, los espejos, el perfume de las mujeres jóvenes de 1999 con sus faldas largas de primavera, sus rostros, su sonrisa, su naturalidad, nos transportan a la fiesta de un París que se resiste a morir. Hoy el cantante Stéphane Cadet, un intérprete de canciones barrocas, ha invitado a sus amigos músicos: canta Sabine Drabowitch, una Piaf de fin de siglo, acompañada por un acordeonista que parece la caricatura de un marinero de película de Marcel Carné. Luego siguen Nicolas Patout, Arnaut, el explosivo Docteur Luc, réplica finisecular de la bohemia de los 20 con sus hallazgos originales, y Urbain Rinaldi, un sentido cantante de poemas de Victor Hugo y pianista que hasta antes de pasar al diminuto escenario servía las copas y después el muy joven poeta Loic, compositor que ya comienza a ser conocido por su talento y que recita sus poemas sobre la ciudad y sus suburbios con una intensidad que ganó todos los aplausos. Se diría Baudelaire y Verlaine redivivos: es el París de la pobreza y el trabajo, de los barrios marginados y la muerte, del amor y la desesperanza, y de la crítica a la guerra.

Porque lo increíble es que todos ellos cantan y recitan hoy en honor al arte y a la canción, como ese provinciano de un puerto del norte, François Lemounier, que ha venido a cantar acompañado de su guitarra al aroma de los puertos y la actividad de los pescadores, al perfume del campo francés y de sus flores y sus árboles. Y todos ellos cantan y sirven. A la izquierda hay una negra antillesa más bella y espigada que Josephine Baker, atrás una negra africana cuyo padre es yugoslavo y su madre senegalesa y un poeta cuya madre es argentina y su padre catalán, y hay mujeres de hundidas ojeras, usadas por la felicidad de la vida, o ancianas que alzan el vino, y todos brindan por esa juventud que se va porque en sus rostros que se reflejan en los espejos se ve ya la vejez y la nostalgia y el recuerdo de aquellos lejanísimos años pasa-

dos del fin de siglo XX. Y yo estoy ahí ya, habitante del siglo pasado, fijado en un inquietante daguerrotipo. Entre cortinajes negros o violeta, con ventanas cubiertas de cortinitas bordadas por abuelitas, con las mismas sillas y butacones de cuero de hace 60 años, los espejos enormes en la pared, y sin Juliette Greco, que ya es una gloria pero comenzó en un bar como este antes de ser rica y famosa, uno se siente en el remolino de la vida, lejos de la apariencia, de los yuppies, del poder, de la guerra, en un rincón de verdad.

Hay decenas y decenas de bares de este tipo con nombres como Ailleurs, Peniche déclic, Si bemol, Couvent, Chez Adel, Magique, Nemours bock's, Fleche d'or, Orient express, Coin de rue y Chabou. Y en esos antros uno sabe que París es una ciudad viva, y que detrás de los monumentos y las grandes avenidas, está la vida tan vistosa y rica como a fines del siglo XIX.

Si estuvieran vivos, los maestros estarían felices: Aristide Bruant, Frehel y Damia, Mistinguett, Maurice Chevalier, Tino Rosi, Charles Trenet, Edith Piaf, Boris Vian, Georges Brassens y Jacques Brel renacen cada noche aquí entre el talento generoso de los músicos locos de la noche que aman el arte, la autenticidad y la amistad sobre todas las cosas.

El Muro de Berlín y las tormentas políticas

Después de una semana de sismo político, Francia celebra también la caída del Muro de Berlín, ocurrida la noche del 9 de noviembre de 1989. La imagen del Muro derruido, la alegría de los estealemanes al cruzar la frontera en sus modestos autos, los discursos de personalidades políticas y gente de la calle inundan día a día las cadenas de televisión y las páginas editoriales de los diarios, borrando de súbito el malestar por la renuncia del superministro de Finanzas, Dominique Strauss-Kahn, supuesto implicado en un asunto de corrupción.

Mijail Gorbachov, George Bush y Helmut Kohl salen como fantasmas del pasado y en el centro de Berlín saludan a la muchedumbre, mientras Rostropovich se prepara para un concierto y los estealemanes se quejan del desempleo y expresan decepción por las soñadas bondades de Occidente. Al fondo se ve la puerta de Brandeburgo, donde Rostropovich tocó este martes con 166 violoncelistas de todo el mundo y el grupo de rock Scorpions. Una línea de luz, nos dicen, recorrerá desde el legendario Check Point Charlie hasta el puerto Humboldt en el Spree, tras los rastros del Muro: una celebración histórica para el fin de la partición de Europa tras la última guerra, con la esperanza de que no vengan otras y que la de Kosovo sea sólo un momentáneo mal recuerdo.

La tristeza gubernamental francesa es paliada también por la celebración en París del XXI Congreso Mundial de la Internacional Socialista, con representantes de todos los puntos cardinales que saludarán con bombos y platillos

los logros del gobierno socialista en Francia y difundirán una Declaración de París para lustre del Primer ministro Jospin. Tony Blair lima asperezas con Jospin, el portugués Antonio Guterres se convierte en el nuevo presidente de la Internacional Socialista y al unísono reivindican las bondades de sus gobiernos, dominantes por el momento en Europa, bajo el lema de la solidaridad.

La caída de Strauss-Kahn y la memoria de la caída del Muro de Berlín quitaron protagonismo a la entrega de los premios literarios de otoño. Jean Echenoz ganó el Goncourt. Daniel Piccouly el Renaudot, pero Francia vive todavía bajo el trauma de la sorpresiva caída del idolatrado ministro. El muy inteligente y brillante orador, fumador de puros y gran amante de la mesa, aplaudido al unísono por todos, constituía para el gobierno socialista una figura clave que daba confianza a la comunidad internacional, a los empresarios locales y a la población en general, satisfecha por la próspera situación económica. Desempleo a la baja, facilidades de crédito, alto nivel de consumo, seguridad y buenas expectativas para la célula familiar, crecimiento sostenido, baja inflación, en fin, en casi todas las notas de este robusto hombre de cincuenta años eran satisfactorias, por lo que sonaba para alcalde de París, próximo primer ministro en caso de triunfo de Jospin en las presidenciales del 2002 y mucho después presidente de la República. La sola mención de su posible implicación en los malos manejos de la Mutual Nacional de Estudiantes de Francia (MNEF) por parte de una reducida guardia pretoriana de socialistas ascendentes, lo obligó a renunciar en una dramática declaración que sacudió las esferas políticas, por lo que durante la semana el debate fue en torno al supuesto poder incontrolable de los jueces y al fin de hecho de la presunción de inocencia.

Francia vive desde la llegada al poder de Lionel Jospin, en 1997, un nuevo episodio de la cohabitación, por el cual un presidente solitario en la cúpula (Jacques Chirac) debe convivir con un gobierno de la mayoría opositora plural. El presidente, convertido en cortador de cintas de inauguración, y el primer ministro, ambos enemigos y futuros rivales en la presidencial de 2002, deben guardar las formas, amarrados por el ritual de la incómoda cortesía, agitada a veces por arañazos efímeros y violentos, antes de la batalla final. El éxito logrado hasta ahora por Jospin quita libertad de acción al mandatario, por lo que la caída del superministro trató de ser utilizada por los suyos para golpear al primer ministro, quien respondió como un tigre en la Asamblea Nacional. Y este fue el tema de todos los días hasta ser remplazado por las fiestas en torno al caído Muro de Berlín, los discursos en la Internacional Socialista y, con menos entusiasmo, por el ritual de los premios literarios.

Todos estos temas son distintos pero siempre estuvieron unidos en Francia por la literatura: el recuerdo de una transformación geopolítica, la caída de un joven Rastignac, las intrigas de los medios judiciales, periodísticos y literarios fueron siempre la feliz materia prima de la ficción francesa. Lo que ocurrió en

estos días puede encontrarse en novelas como *Las ilusiones perdidas* o *Esplendor y miseria de cortesanas* de Balzac, o en los libros de Flaubert, Maupassant y, a comienzos de este siglo, en los de Maurice Barrés. Muchas instituciones de la Francia actual siguen siendo las mismas surgidas de la época napoleónica y las modalidades del auge y la caída de los políticos, las campañas de prensa o los golpes justicieros parecen calcados de aquellos tiempos.

En este año final del siglo en que se celebró el bicentenario de Balzac con toda la pompa, incluso con una película televisiva donde su papel fue representado por Gerard Depardieu, la vida política se vive como una novela por entregas y los fantasmas del pasado conviven con los personajes de carne y hueso de la actualidad.

La digna caída de Strauss-Kahn tras una vendetta mediática nos recuerda otras caídas del siglo, pero también a los personajes literarios que ascendieron y cayeron en París por obra de sus demiurgos. La entrega de los premios literarios nos hace recordar que *El viaje al fondo de la noche* de Louis Ferdinand Céline fue derrotado en el Goncourt por un oscuro escritor. La celebración de la caída del muro de Berlín recuerda a su vez otras efemérides cruciales de una agitada Europa secular. Una Europa de esplendores y derrotas, imperios caídos y revoluciones ganadas, genocidios y tiempos de paz, de trincheras y muros, bunkers y líneas de combate que aparecen y desaparecen en el río del tiempo.

Política, literatura e historia confundidas que permanecen en las paredes, esquinas, bulevares de una ciudad que es un gran mausoleo inundado por insignificantes hombres de hoy que hacen la memoria del mañana. Insignificantes hombres que ojalá no vuelvan a ser pronto carne de combate para futuras celebraciones.

2001: Francia lamenta con Brassens la grandeza perdida

Mientras se celebran los 20 años de la muerte de Georges Brassens y muchas emisoras de radio repiten sus barrocas canciones cargadas del más profundo espíritu francés, los políticos tratan desesperadamente de atraer a unos electores decepcionados por la pérdida de eso que Charles de Gaulle, en los buenos tiempos, llamaba "la grandeza de Francia".

Brassens como De Gaulle, Edith Piaf, Jean Paul Sartre, André Malraux, François Mitterrand forman parte del inventario de grandezas de la segunda mitad del siglo XX, cuando tras la guerra, el hambre y la depresión, Francia vivió aquellos años de progreso y recuperación llamados "los treinta gloriosos".

Aún se tenía la esperanza de guardar algún hálito, por mínimo que fuera, de los grandes tiempos del Ancien Régime o de la era napoleónica. De Gaulle, el primero de todos –por su altura, su voz, el histrionismo de sus discursos,

sus bravatas antiamericanas, o su trayectoria en la Segunda Guerra— era lo más parecido a esa grandeza militar de otros tiempos. La pequeña Piaf, frágil y triste, expresaba la nostalgia de un pueblo sufrido luego de guerras sin nombre, y con su voz ilimitada daba coherencia a una Francia todavía pueblerina y folclórica con sus concierges, baguettes, overoles y boinas obreras.

El neurótico, megalómano e indiscutible escritor Malraux, al mismo tiempo que limpiaba los monumentos históricos y hablaba con la prosopopeya de los tribunos, salía a la calle a defender la “grandeur de la France” de los ataques de Dany el Rojo y los rebeldes del 68. Jean Paul Sartre, uno de cuyos ojos miraba al este del Edén y otro hacia el oeste del Paraíso, representaba los últimos estertores de esa filosofía tísica cargada de colillas de cigarrillos, suéteres negros de cuello tortuga, compromiso político y gran oficio literario, que pronto daría paso a una pléyade de yuppies mediáticos, no pocos de los cuales resultaron tan vacíos como sus vestimentas de marca compradas en Galeries Lafayette y su pose de intelectuales perfumados.

Mitterrand, el último gran político letrado, reinó 14 años y se convirtió en el remedo de esa grandeza, con el brillo de sus lecturas clásicas, el gusto por construir monumentos faraónicos, su cinismo político y el discurso alambicado aprendido en las escuelas de los tiempos de entreguerras. Luego de su muerte, el mito queda, pero muchos tratan de desmontar su estatua, incluso su hijo Jean Cristophe que, tras purgar un mes de cárcel hace poco por supuestos affaires en África, acaba de publicar un libro para mostrar cuán lejano era ese hombre vanidoso al que le temía y del que él no es ni la sombra más triste. Asimismo, sus discípulos del Partido Socialista, amansados por décadas de poder y prebendas, se han alejado del pueblo, enfundados en sus trajes de lujo y sus corbatas de centuriones de buró.

Ahora, en el 2001, una tras otra, todas esas figuras han sido desmontadas. Los discípulos de De Gaulle llevan años luchando contra los jueces que los persiguen culpándolos por toda una trama de actos de corrupción equiparable a la de cualquier república bananera. Y los que todavía quedan para esgrimir las banderas del gigante parecen enanos de jardín sin firmamento ni voz ni proyecto: simples personajes de una película de Luis de Funes.

A Malraux, el gran escudero de De Gaulle, hay quien lo califica como uno de los grandes mentirosos del siglo pasado, y aunque descanse en el Panteón, al lado de Rousseau y Voltaire, se le acusa de haber sido un genial mitómano que se inventaba proezas militares y aventuras que nunca practicó, incluso de encabezar ataques aéreos en España sin saber pilotear un avión. Lo que se dice de él, entre otras barbaridades, es que a lo máximo se disfrazó de piloto y se hizo fotografiar junto a la nave de guerra para que la posteridad lo reconociera como héroe. Sus documentados y fiables detractores han difundido un verdadero catálogo de mentiras y patrañas del que, según ellos, sólo fue un gran manipulador mediático para alimentar su mitomanía.

Y mientras siguen escuchándose las pícaras canciones de Brassens, el derumbe abarca también a los comunistas, en los que ya nadie cree, y a los verdes ecologistas, que riñen como políticos tradicionales, haciendo añicos el sueño de un partido dispuesto a cambiar las prácticas clientelistas de la política. El único que se salva entre los ecologistas es Dany el Rojo, que como un fantasma, vuelve ahora a tratar de pegar los platos rotos: curiosa ironía de la historia la de este revoltoso Cohn-Bendit, que fue expulsado por judío alemán hace más de 30 años por De Gaulle y Malraux, y ahora es el abuelo honesto de la política europea que aspira a ser el próximo presidente del Consejo Europeo. Los comunistas, por su parte, van en picada y tratan de hacer todo tipo de innovaciones para atraer a un electorado que fue seducido por los ultraizquierdistas de Arlette Lagullier. El PCF es el último dinosaurio enano del siglo pasado. Adiós para siempre a las banderas rojas, el Frente Popular, las Brigadas Internacionales, Papá Brezhnev y Louis Aragon. Su sitio está en el Museo de Cera.

¿Qué se hizo, pues, la grandeza de Francia?, preguntan incrédulos los que todavía aspiran a que está escondida en algún lado y pueda resucitar en estos tiempos de crisis mundial. Para endulzarles los oídos ha aparecido de ultratumba otro curioso personaje del serrallo mitterrandista, Jean Pierre Chévènement, algo locato él, sesentón, canoso, nacionalista, republicano, patriota al estilo de Maurice Barrès. Es el que crece en las encuestas como el tercer hombre del mínimo Partido Republicano hacia las elecciones presidenciales de 2002 y quien, aunque no tiene verdaderas posibilidades de disputar la grande a Jospin y Chirac, enarbola la bandera de una Francia unida tras el cassoulet, el buen vino, la baguette, la boina, Edith Piaf y la legendaria concierge de otros tiempos, esa que duerme el sueño de los justos. Chévènement es enter necedor: habla como en los tiempos de Danton y Robespierre, pero sin la guillotina. Su diosa es la Razón y su mamá la República. Ha resucitado el gorro frigio para enfrentarse a Europa y la globalización.

Esta es la Francia política de 2001: las ruinas de un viejo campo de batalla sin grandes líderes, incapaz de tomar partido claro en el conflicto por temor de hacer estallar el polvorín que alberga en su seno. Una Francia detenida, tartamuda, impotente, sin el Gran Padre Heroico que siempre la guiaba (Carlo-magno, Luis XIV, Napoleón, De Gaulle), pues el presidente es un elemento decorativo y el gobierno está maniatado. Una Francia que se diluye ineluctablemente en la necesaria Europa que otros estrategas, mucho más lúcidos y silenciosos, construyeron con paciencia desde hace medio siglo.

El franco francés desaparecerá definitivamente el próximo primero de enero de 2002 y Francia lo llorará escuchando a Georges Brassens y a Edith Piaf, mientras desde el horno se escapan los aromas de un delicioso perrill pimentado y suenan los corchos de la botella de Beaujolais.

2004: último jazz con Françoise Sagan

La muerte, en la ruina, de la novelista Françoise Sagan (1935-2004), a los 69 años de edad, después de medio siglo de fama, dejó un sabor de fin de época en Francia. Pertenecía al yacimiento de rebeldes que, como Rimbaud, Artaud y Genet, nunca fueron empresarios de sí mismos y vivieron la literatura como bólidos, contra su tiempo, divertidos y sin tomarse nunca en serio, hasta estrellarse con la nada.

Con *Bonjour tristesse* la flaca de 19 años, pelo corto y cigarrillo en la boca, saltó a la fama en 1954, al contar los avatares sexuales y existenciales de una joven y su padre durante unas vacaciones en la Costa Azul. El siguiente libro, *Un certain sourire*, nos lleva otra vez a la cama de una estudiante que se acuesta con el tío casado de su novio, besa a desconocidos en la oscuridad de las salas de cine, bebe, fuma y hace con su cuerpo lo que le viene en gana.

Pero detrás de las triviales historias de cama de Sagan, seudónimo que sacó de *En busca del tiempo perdido* de Proust, se escondía la incisiva prosa de una estilista, lectora de los clásicos y admiradora de Stendhal, a la que pronto saludó el Premio Nobel François Mauriac como el « adorable pequeño monstruo » de la literatura francesa. Después, uno tras otro, de Malraux a Sartre, todos cayeron a sus pies: no había nada que hacer, la nena era un clásico de la prosa francesa como George Sand y Colette.

Traducidos a múltiples lenguas y llevados al cine, sus libros la convirtieron, al lado de su amiga Brigitte Bardot y la cantante Juliette Gréco, en ícono del existencialismo francés que emanaba de los bares de jazz de Saint Germain des Prés, eso mucho antes de las jornadas de mayo de 1968, la pildora, el movimiento feminista, la liberación sexual y la autorización del aborto.

Su obra incluye novelas, obras de teatro y colecciones de ensayos, libros todos ellos donde desplegó un gran talento narrativo, una escritura de seda, transparente y exacta, creadora de atmósferas e intensidades, retrato cruel del ser humano moderno de las grandes ciudades.

A la hora de su muerte este 24 de septiembre de 2004, la sociedad francesa de todos los espectros, expresó su simpatía con primeras planas y decenas de páginas en Libération, Le Monde, Le Figaro, Telerama, Nouvel Observateur, L'Express y Paris Match, entre otros medios, sin contar radio y televisión. En esas páginas se pasó revista a su obra, fiestas, chistes y ocurrencias, a su soledad, al terrible accidente automovilístico que casi le cuesta la vida, su ida a Cuba enviada por L'Express, donde auguró con ironía la dictadura venidera y su viaje en 1985 en el séquito del presidente Mitterand a Bogotá, de donde fue repatriada de urgencia en estado de coma.

A Sagan la quiso el Premio Nobel François Mauriac, quien escribió décadas antes que ella novelas como *El desierto del amor*, sobre sobre el disolvente fuego del deseo en la católica Burdeos y la quiso también el otro Nobel

francés, Jean Paul Sartre, de quien se hizo amiga, porque fue iniciada por *Les mots* (Las palabras), ese libro que todo precoz infectado por la literatura debería leer alguna vez.

Todo novelista es, querámoslo o no, un personaje en construcción, un proyecto de estrella y su propia vida hace parte de la obra e influye en ella para siempre, la refleja, la enriquece en el triunfo, el fracaso o la desgracia. Por eso nos quedan las imágenes mundanas de la joven escritora flaca, en camiseta y jeans; o cubierta por un soberbio abrigo felino de piel en el night club El Unicornio, perfumada y llena de joyas; o la vieja pobre que se aferra a un perro cocker negro, vestida de overol rojo con la mirada perdida en la tristeza.

Y para el album sentimental, sobrevive la foto junto a Yves Montand, Anthony Perkins e Ingrid Bergman, que actuaron en cierta película basada en una de sus historias. O sea que nos lega la Sagan una leyenda literaria que fue el cine caprichoso de su propia escritura, antes que su escritura se volviera, como muchos creen sin justicia, el fruto de su leyenda.

Actualidad de Voltaire

Si Voltaire se despertara hoy, más de dos siglos después de su muerte en París a los 84 años de edad, en 1778, se sentiría profundamente impactado por el renacimiento en el mundo entero de los fanatismos religiosos, políticos e ideológicos. Al escribir el corto ensayo biográfico *Voltaire, el festín de la inteligencia* para la colección de personajes editada por la editorial colombiana Panamericana, rendía homenaje a ese viejo esquelético, mueco y socarrón que muchos consideraban un espantajo impresentable en el helado museo de las estatuas abandonadas. Aunque la bibliografía sobre su obra es tan abundante como los granos de arena de un desierto africano, su figura sigue confinada a las aburridas obligaciones escolares y por eso muchos franceses se extrañan de que un latinoamericano del siglo XXI se interese en seguir los pasos del autor de *Cándido* (1759) y el *Tratado sobre la tolerancia* (1763) y lo encuentre actual.

En todo el mundo los hombres son dominados en 2006 por ideologías y creencias beligerantes que los llevan a morir por causas oscuras, a suicidarse en aras de una deidad, a torturar por ideas, a matar o mandar matar por intolerancia. En las calles de las capitales europeas la mujeres islamistas vuelven a cubrirse de pies a cabeza como hace mil años y en otras partes del mundo todo tipo de gurús, profetas, iluminados, mesías, incitan a la guerra, la destrucción, la inmolación y el crimen, con la esperanza de dominar el mundo y obligar a los hombres a seguirlos bajo el sonido amenazador de las ametralladoras. El horror de los conflictos regionales, la mortandad incesante en las guerras puntuales, la trivilización del secuestro, la celebraciones armadas de los triunfos electorales como vimos ayer con Hamas en los territorios palestinos, las amenazas nucleares de regímenes tan delirantes como el norcoreano y el iraní, la

agresividad estadounidense, nos muestran que el mundo anda muy mal, como en las peores eras locas de Nerón o de Atila. Por eso, mientras me sumía en la lectura de algunas de las obras de Voltaire, de textos sobre su larga vida de exiliado incómodo y muestras de su correspondencia, no sólo me maravillaba la luz de la prosa llena de humor e ironía, sino también la energía de su lucha contra la intolerancia y las “supersticiones” en la Europa del Siglo de las Luces. Sin duda hoy los fanáticos lo amenazarían con una *fatwa* y sus enemigos lo mandarían a matar con sicarios. Parado frente al pequeño pero famosísimo sillón Voltaire de color verde jaspeado, donde trabajó los últimos meses de vida, que está expuesto en el Museo Carnavalet, trataba de imaginarlo acosado por la tos, con su bonete, mientras llenaba hojas y hojas con la hiperactividad característica de su genio. Lo habían dejado regresar a la capital después de décadas de exilio, para que asistiera a la presentación de una de sus obras dramáticas y a un homenaje que le hacían sus admiradores en el Comedia Francesa. Vino enfermo desde Ferney, que era la residencia y la ciudadela donde vivía en tierras protestantes suizas, a resguardo de posibles detenciones. Allí recibía a la romería de discípulos y curiosos que venían de toda Europa, y que como el libertino Giacomo Casanova, relataron con detalle el ingenio admirable del viejo, sus rápidas respuestas de cascarrabias que siempre tenía razón y la agitación incesante de su vida dedicada a escribir, pensar y rabiar.

Fue el primer gran periodista de la era moderna, al escribir sin descanso todo tipo de obras de historia, libros de vulgarización científica y narraciones con “mensaje” que se vendían como pan caliente en ediciones clandestinas, por lo que contribuyó a abrir los espíritus y a mostrar que era posible enfrentarse a la intolerancia del Antiguo Régimen. Pensó que iba pasar a la historia como gran autor de tragedias y gran poeta, pero aunque escribió miles de versos y decenas de piezas que fueron presentadas en todas las capitales, éstas obras fueron olvidadas y se le recuerda más por sus panfletos y narraciones, que él consideraba sólo divertimentos para entretener a los amigos en las veladas palaciegas. Su obra abarca decenas y decenas de volúmenes, pero basta leer sus divertidas ficciones como *Cándido* o *El ingenuo* para reírnos con él de la estupidez bélica de la humanidad actual y entender que en vez de avanzar retrocedemos a los peores tiempos de la barbarie y que incluso estamos a punto de superarlos. Un día de estos terminaremos todos en “átomos volando” como dice el himno, mientras Voltaire, con su larga peluca empolvada, se carcajeará de nosotros los herederos de un futuro radiante sin luces ni risa.

La primavera permanente de Julio Cortázar

En la casa de América Latina de París se presenta una exposición de fotografías, documentos y videos de Julio Cortázar, muchos de los cuales desconocidos, que se muestran auspiciados por su primera esposa Aurora Bernárdez, albacea suya al lado del recién fallecido crítico Saúl Yurkievich. Fotos de infancia, documentos de viajero, objetos personales como una clepsidra o la

pipa, fotografías de la vida íntima en todas las etapas de su vida adulta comparten el escenario con videos tomados por él, cuadros, música, cartas y libros protagonizados por París, ciudad que lo albergó gran parte de su vida. Nació en Bruselas (Bélgica) en 1914, creció desde 1918 en Argentina donde fue maestro en Chivilcoy, Cuyo y Buenos Aires y floreció en la capital francesa, a donde llegó en 1951 y falleció el 12 de febrero 1984.

La primera vez que vi a Julio Cortázar fue en la primavera de 1978, cuando asistimos un grupo de jóvenes estudiantes a un congreso sobre narrativa latinoamericana en Toulouse, en el que participaban Augusto Roa Bastos, Jorge Enrique Adoum, Jacques Gilard y Juan José Saer, entre otros. Lo que más me impresionó cuando lo vi de cerca y hablé un momento con él, era que su rostro estaba marcado por profundísimas arrugas. Desde lejos el monstruo de la literatura latinoamericana e ídolo nuestro por su maravillosa novela *Rayuela* y el misterio de sus cuentos, se veía mucho más joven, como un gran adolescente envejecido, alto y enjuto de cabellera y barba oscuras. Pero al estar junto a él saltaban de inmediato las huellas implacables del tiempo sobre el rostro inconfundible de quien en ese entonces debía estar un sus 63 años. Usaba pantalones informales, zapatos de gamuza, suéteres de cuello tortuga y amplias chaquetas impermeables de paleontólogo en invierno.

Lo veíamos después de lejos caminar por el campus de Toulouse le Mirail, al lado de la novelista colombiana Alba Lucía Angel, que en el Congreso cantaba música rebelde para el público y además parecía tener las preferencias del maestro. Y en París uno podía jugar a encontrarlo en alguna librería, en un mitin de izquierda o caminando por las calles elevado y desprevenido como uno de sus personajes. París había quedado para siempre en *Rayuela* como la glauca ciudad fría y precaria de los años 50 que vio reinar a jazzistas y existencialistas en las cavas de Saint Germain des Pres y a los artistas latinoamericanos pobres que vivían a salto de mata en hoteles miserables o edificios semiderruidos que no habían sido renovados desde el siglo XIX, como fue el caso de Gabriel García-Márquez, Nicolás Guillén o el venezolano Soto y otros miles que desaparecieron para siempre.

Habría que haber vivido en ese tiempo para entender lo que significaba para la juventud urbana de América Latina la figura de Julio Cortázar. Con él quedaba atrás la entrañable narrativa telúrica de dictadores, señores presidentes y campesinos mitológicos y se abrían las calles y avenidas de las ciudades, con sus enamorados literarios que disertaban de filosofía, oían jazz y vivían pobres entre la humareda de los bares y la calurosa precariedad de las buhardillas del exilio. La famosa Maga, que fue su novia fugaz y hoy cuenta ya anciana desde Inglaterra su aventura con ese hombre raro y torpe, se convirtió en una especie de modelo de muchacha moderna, un poco loca, impredecible, tal vez mucho más sexy en la ficción cortazariana que en la realidad. En las buhardillas de los años 70 se daban cita los estudiantes o los vagos para leer párrafos o capítulos enteros de *Rayuela* con una devoción sólo comparable a la que debieron practicar los seguidores del surrealismo medio siglo antes,

como si el arte y la ficción fueran la salvación. ¿Quién no se sintió Cronopio o Fama o soñó con los personajes ultramodernos que surgían en sus cuentos o en obras tan extrañas como los Autonautas de la Cosmopista, escrita con una de sus últimas amadas, Carole Dunlop?

Además, el viejo Cortázar se había transmutado súbitamente al calor de las revoluciones en boga de un intelectual argentino tímido, erudito, exquisito y muy acicalado, en un verdadero hippie polígamo izquierdista que creía en la Revolución cubana y participaba en las fiestas militantes de protesta contra Estados Unidos, la guerra de Vietnam y las genocidas dictaduras militares latinoamericanas. Según Vargas-Llosa, la transmutación espectacular del exquisito se dio a fines de los años 60, cuando empezó a vivir con la editora nórdica Ugné Karvelis, en cuyos brazos la crisálida se habría metamorfoseado.

Era un nuevo modelo: no correspondía ya para nada al viejo arquetipo de escritor latinoamericano encorbatado, manso y lento que lagarteaba embajadas y puestos diplomáticos en las antecámaras del poder. Y sin ser maldito, permanecía al margen fustigando las injusticias y defendiendo a capa y espada la poesía, los libros y la creación lejos del mercantilismo. Era a los ojos de toda una generación un artista auténtico y fue tal su cristalinidad que lo admiraron por igual sus copartidarios y adversarios políticos como Octavio Paz y Mario Vargas-Llosa, situados al otro extremo ideológico. Hasta ese entonces había vivido con su primera esposa Aurora Bernárdez, con quien se casó en 1953 y compartió esos primeros años de París y viajes tan importantes como el que realizó a la India.

El Cortázar de primavera permanente con el que nos quedamos fue ese hermano mayor que abría y abre todavía las puertas a la verdadera literatura que no es copia chata de la realidad, como ocurre hoy, sino que la transforma e ilumina. Ver sus cosas y su álbumes en la Casa de América Latina un febrero taciturno como el que lo vio morir hace 13 años, es un verdadero regalo para quienes lo vimos alguna vez en la vida y para los múltiples cómplices e íntimos suyos que sobreviven en este siglo XXI de aburridos best-sellers, nuevas guerras horribles y escritores mercantiles que no tienen nada de Cronopios ni de Magas.

Lágrimas, prótesis y risas para Edith Piaf

El mito de la cantante Edith Piaf fue exhumado de la cripta por el novelizador Olivier Dahan y la joven actriz de talento Marion Cotillard, que sobrevivió de milagro a la atroz aplicación de las más dolorosas prótesis de silicona y látex para dar credibilidad al enjuto personaje de inolvidable voz. Aunque la película es una mezcla de lágrimas, dolor y comicidad excesivas, al estilo de las superproducciones biográficas de fácil comercialización, nos lleva con el pañuelo empapado en la mano a pasar revista entre sollozos e hipo

a un siglo de historia caracterizado por guerras, masacres, ocupaciones, miseria, sexo, droga y cabaret.

Cuando se sube o baja por la calle Menilmontant, situada en el barrio popular de Belleville, al noreste de París, se ve una placa puesta donde la leyenda dice que la pobre niña Giovanna Gassion fue parida en 1915 en las escaleras de una casa por una madre borracha e infame. Uno puede imaginarse la precariedad de esos terribles años de guerra mundial, cuando millones de hombres iban al frente y morían ya fuera acribillados o asfixiados por el temible gas mostaza que inundaba las trincheras.

En esos barrios proletarios de gran tradición revolucionaria, puesto que fueron centro de muchas asonadas y rebeliones como la famosa Comuna de París, se concentraba entonces la pobreza francesa en medio de sarna, ratas y cucarachas instaladas en edificaciones baratas, así como hoy se concentra la pobreza multiétnica nutrida por los emigrantes musulmanes, subsaharianos o de Europa del Este, al lado de los bares donde los jóvenes del siglo XXI hacen la fiesta observados desde lejos por los traficantes de cocaína y hachís.

Aquí en ese escenario entrañable de película comenzó la triste vida de Edith Piaf, seudónimo que le fue impuesto por quienes la descubrieron cantando y pidiendo monedas en las calles lujosas del lado opuesto de la ciudad, el de los barrios ricos, no lejos de Trocadero y de los Campos Eliseos. Mientras la sarna, la gonorrea, la sífilis y la tuberculosis reinaban en el Belleville de la Piaf, en el otro lado se veían mujeres y hombres enfundados en enormes abrigos de piel y prendas de lujo, paseando perros de raza ataviados con elegancia en medio del cruce incesante de carísimos vehículos, cosa que poco ha cambiado desde entonces: a un lado negros, árabes y franceses pobres que ganan el salario mínimo o una subvención por desempleo y al otro los potentados que votan por la extrema derecha, exigen la reducción de los impuestos, piden la expulsión de los extranjeros y el exterminio de la izquierda o los sindicatos, para ellos origen del mal francés.

Pero el horror de Belleville no era suficiente. Era necesario el burdel. Arrancada a su abuela materna por su papá, un contorsionista de circo, la niña es conducida al burdel provinciano de la abuela paterna, donde las putas la bañan y la miman y la hacen feliz mientras se cura de una enfermedad infecciosa de la vista. Allí, una de las meretrices representada por la actriz Emmanuel Seigner, cubierta de prótesis de látex para hacer creíble el horror, hará el papel de la madre a la que Edith será arrancada después por el contorsionista. Luego regresará a Belleville para acompañar a su padre, que hace piruetas y pide limosna en la calle mientras ella canta *La Marsellesa* haciendo llorar a los pasantes. Y así de desgracia en desgracia, de separación en separación, de enfermedad en enfermedad, la niña crece cantando en las calles hasta volverse una luminosa flor de cabaret.

Marion Cotillard representa muy bien el papel de la joven arrabalera que

canta en las calles con su boina típica y es descubierta por un cabaretero mafioso, representado en esta ocasión por el inefable y cada vez más gordo Gerard Depardieu. Comenzará pues la ascensión de esta talentosa mujer que sorprende en esos bares donde su voz fascina, mientras teje lazos con el hampa de la ciudad en tiempos de entreguerras y sobrevive pegada a la botella al lado de una amiga inseparable representada por la no menos buena actriz Sylvie Testud.

El triunfo no tardará en llegar. Un buen experto logra corregir su dicción argótica e incomprensible de proletaria, pule los gestos toscos y los remplace por la serena expresividad histriónica. Cubierta de joyas y vestidos lujosos de marca que mejoran su diminuto y semijorobado cuerpo, la estrella nacional surge con canciones como *La Java*, *La vida en rosa*, *Himno al amor*, *No me arrepiento de nada*, *Milord* y otras muchas melodías que todavía se escuchan y se cantan como himnos nacionales. Vendrán luego las giras por el mundo, los grandes restaurantes en Nueva York, el encuentro con Marlene Dietrich, el champán a cántaros, los enormes apartamentos tapizados, la corte y la servidumbre, los accidentes automovilísticos, el amor con el boxeador Marcel Cerdan, que muere en un accidente aéreo, y sus aventuras con Charles Aznavour, Georges Moustaki, Yves Montand y decenas de amantes, porque era enamoradiza e infeliz como pocas mientras la minaba la morfina y la prematura vejez.

La versión filmica no oculta ciertas sombras. ¿Estuvo involucrada en el asesinato de su primer protector? ¿Tuvo participación activa en los medios del hampa de Pigalle? ¿Habría tal vez colaborado con el invasor alemán? ¿Era autoritaria, irascible, histérica, e insoportable con sus subalternos? ¿Inventó muchas tragedias y desdichas biográficas para darle pimienta y salero a su vida? En fin, además de su enorme talento, su vida habrá sido una verdadera opereta de cinco centavos. Morirá en 1963 y desde entonces su leyenda crece como una de las figuras míticas más importantes del siglo XX, al lado de Proust, Jean Gabin, Picasso, Jean Paul Sartre y el general De Gaulle.

El libro en los tiempos carolingios

En los viejos tiempos de los reyes carolingios, que reinaron desde 750 de nuestra era hasta fines del siglo IX, conventos, abadías, catedrales y palacios reales en Europa se dedicaron a la transcripción minuciosa de miles de libros y documentos antiguos, gracias a lo cual hoy podemos gozar de las obras de filósofos, poetas, dramaturgos, científicos, historiadores y cronistas clásicos, que fueron luego redescubiertos por los humanistas del Renacimiento.

Todas esas joyas conservadas después de más un milenio y cuya calidad de factura es asombrosa, pueden observarse en la Biblioteca Nacional de Francia de la calle Richelieu, donde están expuestas por primera vez en mucho tiempo en la muestra denominada "Tesoros Carolingios", un verdadero regalo para

los maniáticos de la escritura y los bibliópatas.

Los libros de todos los tamaños fueron copiados en los *scriptorium* sobre pergaminos y traen al interior las más bellas estampas de artistas, pintadas con todos los matices de colores, incluso de oro auténtico. Están además empastados con metal, madera, marfil y joyas preciosas. Las letras traen ornamentaciones trenzadas exquisitas de tipo geométrico o con animales y lugares fantásticos y pájaros exóticos, que expresaban el delirio artístico de los calígrafos, mientras afuera reinaba el hambre, la guerra y la peste.

Ahora que con la red internet y los blogs estamos viviendo otra revolución editorial y de comunicación tan importante como la realizada por Gutenberg con la creación de la imprenta, vale la pena recorrer estas vitrinas y ver de primera mano el trabajo de nuestros ancestros los monjes para darnos cuenta de que estamos a la vez muy cerca y muy lejos de aquellas proezas. Siempre es fascinante y saludable comprender que nuestros tiempos, tan bárbaros como aquellos, están asentados sobre siglos de actividad cultural de la humanidad. Que hace miles de años hubo ciudades enormes y bellas, ciencia, medicina, cultura y hombres sabios que reflexionaron e inventaron y se arriesgaron frente a los tiranos. Ahora que nuestros presidentes del siglo XXI son casi todos brutos, ignorantes, violentos y ladrones como George Bush y Osama Ben Laden y sus acólitos del mundo, da gusto recordar que hubo alguna vez reyes y cortesanos ilustrados.

El gran Carlomagno (747-814), que es para nosotros una figura de leyenda pero fue muy real, amplió y dio todas las facilidades a los centros educativos que formarían maestros, religiosos, funcionarios y copistas eclesiásticos y laicos encargados de plasmar para siempre los logros de ese lapso de extraño esplendor intelectual. Allí se enseñó la lectura y la escritura del latín, la teología y el cálculo y luego las artes liberales que debía conocer todo hombre libre, divididas en el trivium (gramática, retórica y la dialéctica) y el cuadrivium (aritmética, geometría, música y astronomía).

Terencio, Cicerón, Virgilio, Séneca, Suetonio y otros más fueron redescubiertos y tomados como modelos de escritura latina, al mismo tiempo que se estudiaron todos los avances científicos en materia médica, arquitectónica, botánica y agrícola dejados en tratados y manuales por los antiguos y que poco a poco reaparecieron en los viejos rollos griegos y latinos perdidos. Esa actividad exige la uniformización de la escritura y el rigor en la corrección de los textos, lo que conduce a la creación de la letra carolina, mucho más clara y de fácil lectura, que deja atrás la retorcida caligrafía casi ilegible de los tiempos merovingios.

Esos activos lugares en Aquisgrán, Corbie, Saint Denis, Reims, Metz, Saint Amand, se convirtieron en centros culturales, donde bajo la orden de las más altas autoridades desde Pipino III el Breve hasta Carlomagno, lo escrito adquirió una importancia central, en una especie de extraordinario renaci-

miento que hoy nos maravilla y que floreció después de siglos de oscuridad, ruina y decadencia tras el fin del esplendor greco-romano. Las artes del imperio oriental bizantino y de Irlanda fueron importadas por el soberano para mejorar la calidad de los manuscritos y desde todos los puntos cardinales llegaron expertos maestros encargados de formar la nueva élite artística.

Esta dinastía casi logra la unidad total del Occidente con la aplicación de reformas religiosas, administrativas, legislativas y educativas en las que desempeñaron papel fundamental sabios y consejeros eruditos instalados en la corte. Pero después de Carlomagno, al dividirse el reino entre los celosos herederos, la decadencia y las invasiones normandas dieron la estocada final al auge de los copistas carolingios.

Tener casi en las manos esas joyas, verlas desde todos los ángulos, apreciar sus perlas y sus gemas, imaginar al calígrafo y al ilustrador inclinados sobre los pergaminos en los lejanos monasterios, es una sensación inolvidable y nos prueba que la humanidad no siempre fue violenta y estúpida como hoy.

La energía revolucionaria de mayo del 68

Cuarenta años después, la energía revolucionaria del movimiento de mayo del 1968 en el mundo sigue viva, pese a que las fuerzas tenebrosas y siniestras del gran capital y las mafias económicas que dominan la tierra quieran sepultarla para siempre entre los desechos radiactivos de su cruzada destructora de propaganda, bombardeos y tierra arrasada.

La rebelión de los jóvenes estadounidenses contra la atroz guerra de Vietnam en los campus californianos y de los franceses en las calles de París contra la sociedad cerrada, que luego se extendió al orbe, es una muestra de que de manera cíclica los jóvenes están a la vanguardia de los cambios frente a las petrificaciones de los viejos tiranuelos que siempre desearon y desean atornillarse de manera ilegítima y para siempre en el poder.

Las fotos de esa gente de pelo largo que caminaba descalza y escuchaba música, hacía el amor y buscaba la paz libremente, conmueven a quienes hoy las ven como una reacción natural del género humano frente a las fuerzas cancerígenas y depredadoras del egoísmo de los grandes capitales financieros mundiales y el poder que está a su servicio hoy para aplastar a la población en 132 países del mundo.

El gran concierto de Woodstock fue la joya simbólica de ese gran movimiento de rebelión. Centenares de miles de muchachos abandonaron sus casas y se fueron a pie o como pudieran para llegar al sitio del concierto y permanecieron allí días bajo la lluvia o el sol escuchando a las más extraordinarias leyendas del rock, que entonces apenas comenzaban a ser leyendas.

¿Quién no se conmueve al ver de nuevo a Bob Marley, Jimmy Hendrix

Janis Joplin. Carlos Santana. Joe Cocker y otros muchos que sacudieron la música popular y hoy siguen vivos y son escuchados por los nuevos sin que tengan ese matiz pálido y desvaído del pasado?

Janis Joplin es una fuerza telúrica. Su voz sale desde lo más profundo de la especie, desde la matriz de la mamá grande, desde la profundidad de la hembra todopoderosa y atemporal y al vibrar nos comunica la entrega al arte y el brillo que expresa sin ser una beldad perfumada y maquillada. Tenía acné, estaba despeinada, pasada de peso y era y es una diosa aún más bella que Marilyn Monroe. Se fue antes de los 30 años porque no hubiera podido envejecer en este mundo en que vivimos hoy los 6.000 millones de borregos del mundo.

¿Y quién no se estremece con los sonidos metálicos, esenciales, geológicos, de la guitarra de Jimmy Hendrix, que parecen despertar la aventura de los primeros neandertales y homo sapiens cruzando desiertos y montañas bajo canícula, fuego, hielo, lluvia y rayos de una naturaleza viva y aún no aniquilada por el ácido del azul de metileno moderno?

Y al lado de esas dos fuerzas Bob Marley y Carlos Santana nos llevaron de su mano por un bosque de ritmos que en vez de adormecer conducían entre lianas y cascadas hacia un bosque paradisiaco en que el ser humano se comunicaba y se fundía con la naturaleza, con sus aguas, nubes, mares, ríos, precipicios, galaxias. Bob Marley llevaba la rebelión con sus aires caribeños hacia la comunión con el sol y la vibración de las venas y arterias como afluentes de la vida total, efímera, pero estremecedora. Santana gritaba con sus manos sobre las cuerdas para recordarnos de dónde veníamos: sus sonidos llegaban al fondo de lo que es sólo el vestigio del animal carnívoro que somos.

Y con ellos estallaron la pintura, la literatura, el cine, las ciencias sociales, las ciencias naturales, el conocimiento, el saber, el sentir, el amar, el vestir. Los años 60 del siglo XX están vivos como en otro tiempo ocurrió con el Renacimiento, la Ilustración, el movimiento Romántico, el surrealismo y el dadaísmo. Diríase que la rebelión que salió de las calles de París y de los Campus de California destapó y dio a luz todas las rebeliones anteriores del siglo XX, como fueron el dadaísmo y el surrealismo de Breton, Buñuel y Dalí, que yacían ocultos bajo capas de convenciones y prejuicios.

El mundo de hoy reclama una nueva rebelión cultural de todos contra la manipulación mediática que maneja a los seres como conejos de laboratorio frente a la televisión y la prensa mundiales, que están al servicio de intereses oscuros de guerra. Es un fenómeno que ocurre en todo el mundo: cada día las fuerzas del capital especulativo y devorador, que se reproduce y se acumula a sí mismo, se inventa una historia para aplastar la anterior y los seres humanos son controlados en sus emociones e ideas por esa tecnología perfeccionada de la manipulación mediática. Ideas, partidos, candidatos, libros, amor, muerte, todo se ha convertido en producto, en mercancía que nos vende el big brother de la televisión al servicio del Eje de la Ganancia a toda costa y no de la so-

ciudad. Se nos vende la guerra y el militarismo como únicas soluciones mesiánicas y renace como en los tiempos de Hitler la palabra "exterminio" convertida en el destino que merece el opositor o el disidente.

La gente de mayo de 1968 se rebeló contra la guerra de Vietnam y contra las bombas de Napalm y reclamó humanidad, serenidad, cuerpo, música, piel, en vez de ejércitos; globos de colores, dulces y música en vez de helicópteros y bombardeos. ¿Es el destino de los humanos de hoy avalar ese lenguaje repetitivo de odio guerrero, marcial, exterminador que nos quieren imponer esas fuerzas y los líderes del mundo? Pues No. No puede ser. No pasarán. Escuchemos otra vez a Janis Joplin y a Bob Marley para saber que se puede gritar. Leamos a Julio Cortázar y veamos *Zabriskie Point* y *Blow Up* para saber que se puede imaginar. Las consignas del 68 de "Paz y Amor" y "La Imaginación al Poder" no han pasado de moda. Por el contrario, son de total actualidad. Los atilas, los Pinochet, los Franco, los Bush y los Nerón de hoy, disfrazados de ovejas, están aquí y nos tienen en la mira. Cuidado, pueden disparar.

El retorno de Albert Camus

Los franceses se preparan para celebrar el 4 de enero de 2010 los 50 años de la muerte trágica del Premio Nobel Albert Camus (1913-1960), que después de varias décadas de ser considerado por la intelectualidad marxista y sartreana como un autor fácil para adolescentes, "filósofo incompetente" e ideólogo blando, ha terminado por convertirse en un gurú contemporáneo de la tolerancia y la no violencia.

Hijo de una sirvienta española analfabeta y un humilde agricultor que murió en la guerra, el autor de "El extranjero" y "La peste" creció en la miseria en la colonial Argelia francesa. Un maestro, Louis Germain, cambió su destino al sugerir a su familia que ingresara a los estudios secundarios en un liceo de Argel frecuentado por niños bien y allí se encontró después milagrosamente con la literatura a través de las orientaciones de su admirado maestro y mentor Jean Grenier.

Empezó desde temprano su obra literaria y la actividad teatral y periodística en los diarios *Alger Republicain* y *Soir Republicain*, donde describió la miseria de su clase y mostró en contra de las autoridades el drama de los árabes humillados por el colonizador, así como el desprecio reinante por las costumbres musulmanas del amplio Magreb de parte del autoritario europeo: militares, funcionarios, comerciantes, industriales e incluso obreros y pobres de la metrópoli.

Al estallar la guerra, el joven reportero de 27 años, nacido en Constantine bajo el sol mediterráneo y amante del fútbol, acepta la invitación de Pascal Pia a viajar al húmedo París para trabajar en el diario *Paris Soir*. Hace fila en el puerto, entre los árabes, antes de subir al barco y pasar el humillante proceso

de desinfección y eliminación de piojos que le aplicaban a los colonizados, sin pensar un sólo instante que 17 años después sería Premio Nobel de Literatura. Gallimard le publica *El extranjero*, que tiene un éxito fulgurante y muy rápido su intensa actividad teatral, ensayística y novelística lo llevó a la fama y a la gloria en medio del violento conflicto por la independencia argelina. Se había convertido en un símbolo joven de los "condenados de la tierra" descritos por Frantz Fanon y en ejemplo coyuntural de la lucha pacífica contra la colonización del Tercer Mundo.

Novelista y dramaturgo de éxito en el París de la post-guerra, Camus se destacó como periodista, reportero, articulista en el diario *Combat*, donde expresó la idea de que el conflicto concluyera con un país que admitiera, en concordia, la convivencia de los hermanos enfrentados: los nativos de siempre y los descendientes de los colonizadores franceses, o los mestizos que hicieron la vida allí y se sentían en casa tanto como los originarios de esa añeja tierra de dátiles que alguna vez fue colonizada por Roma.

Pero la guerra fue irreversible y la represión del ejército francés tan cruel y miserable con los árabes, que las heridas entre los bandos fueron de tal magnitud que al independizarse Argelia los franceses y los colaboradores de la metrópoli llamados *pied noir* (pies negros) tuvieron que abandonar en masa sus propiedades y tierras y viajar al exilio por millones a Francia, en la miseria, un país que muchos de ellos ni siquiera conocían. De ahí viene el problema de los suburbios y el conflicto que se vive en Francia, donde existe la mayor cantidad de población musulmana e islámica de Europa. Durante décadas los que llegaron del Magreb fueron considerados la escoria de Francia y sirvieron como humildes trabajadores aplicados a las tareas más sucias, mientras la potencia francesa vivía sus famosos Treinta años gloriosos de progreso y crecimiento, que garantizaron el pleno empleo.

Sólo ahora a comienzos del siglo XXI algunos miembros de esa población argelina inmigrante de tercera o cuarta generación comienzan a acceder poco a poco a algunos puestos importantes, pero el origen árabe sigue siendo una tara para quienes buscan trabajo o ingresar a las escuelas. Medio siglo después de la muerte de Camus, la discriminación sigue viva y la cicatriz de la guerra de independencia arde con fuerza, mientras perviven sectores racistas de ultraderecha listos a endurecer las medidas contra los extranjeros y a desconocer a los descendientes de colonizados el estatuto de franceses auténticos.

Las grandes figuras literarias francesas del momento eran el gran autor de "La condición humana" André Malraux y el inquieto intelectual Jean Paul Sartre, que evolucionó hacia la izquierda y el marxismo y fue el filósofo de referencia de Francia en los años de antes y después de mayo del 68. Pero fue el humilde argelino periodista de *Combat*, extranjero en los medios literarios parisinos, el que recibió a los 44 años el Premio Nobel ante la indignación de los admiradores de Sartre y Malraux. Alto, apuesto, con su cigarrillo siempre colgando de los labios, el personaje se volvió leyenda y sex-symbol al subir a

los estrados de Estocolmo, pero tres años después la parca se lo llevó a los 47 años al estrellarse el auto en que viajaba con su editor Michel Gallimard contra un árbol en Villeblevin, cerca de Montereau, en el sureste de París, convirtiéndolo en leyenda, al igual que el aviador Saint Exupéry, autor de "El principito".

"Yo no aprendí la libertad con Marx. La aprendí en la miseria", dijo Camus para destacar que sus ideas estaban ancladas en la realidad de su pueblo natal Mondovi, el sufrimiento de su madre española analfabeta y la tuberculosis que lo aquejó desde muy joven, y no en la moda intelectual de los círculos parisinos.

El admiraba desde adolescente a André Malraux y declaró que hubiera preferido que le hubieran dado el Nobel a él. Pero el destino escogió a Camus. En lo que respecta a Sartre, la historia mostró que su entusiasmo final por los totalitarismos de izquierda no fue tan acertado. Y ahora de nuevo las ideas humanistas de Camus, pasadas de moda un tiempo, reviven y vuelven con fuerza en tiempos de guerras y conflictos atroces y discriminaciones mundiales que parecen estar a punto de estallar en todas partes.

El París de Woody Allen

Desde hace décadas los fieles de Woody Allen no nos perdemos ninguna de sus películas, que de manera casi sagrada aparecen cada año antes del verano con su cauda de sorpresas desbordantes de inteligencia, ligereza y humor. Viajes, ciudades, neurosis, sueños, travestismos, muerte, sexo, amor, seducción, timidez, tiranía materna, impotencia, son algunos de los temas recurrentes en una obra que exuda por todas partes modernidad, a través de los dramas insignificantes del animal urbano.

Esta vez en *Midnight in Paris*, Woody Allen ha dejado atrás el Londres de *Match Point* y la espléndida Vicky Cristina Barcelona, donde gozamos con Sacarlett Johanson, Javier Bardem y Penélope Cruz a través de las peripecias febricitantes del deseo y la pasión españolas y hace su homenaje al París mitológico y literario de los tiempos de entreguerras y de la belle époque, poblados en el filme por caricaturas de Toulouse Lautrec, Paul Gauguin, Pablo Picasso, Salvador Dalí, Ernest Hemingway, Cole Porter, Luis Buñuel, Gertrude Stein y Scott Fitzgerald.

París es una jaula de oro y un mito muy bien conservado por las autoridades, celosas de guardar minuciosamente una escenografía que es pulida y reconstruida día a día para satisfacer a los más de 60 millones de turistas que la visitan cada año y hacen de ella una localidad rentable como pocas. El habitante de París vive así en permanencia dentro de un enorme set cinematográfico, por lo que no es extraño cruzarse día a día con la filmación de alguna película con actores vestidos a la usanza de los tiempos de Luis XIV, los años

libertinos de Sade, Voltaire y Casanova, los de la Belle Epoque de Proust y Jean Jaurès o los de entreguerras de Josephine Baker, Chagall y Modigliani, sin dejar de lado los graves días de la Resistencia y la Liberación, unos de los temas más recurrentes y traumáticos para los franceses llenos de culpas pronazis.

Eso sin olvidar toda la deliciosa y copiosa cinematografía ombliguista parisina, donde aparecen los dramas amorosos del joven burgués bohemio del siglo XXI, encarnado en una pléyade de nuevas espléndidas actrices eróticas como Isild le Besco, Marion Cotillard, Cécile de France, Ludivine Sagnier, Virginie Ledoyen, Sarah Forestier, entre otras muchas, a quienes vemos en sus glamorosos e incesantes dramas de alcoba.

Cuando uno va hacia el trabajo se cruza en las calles con personajes vestidos de Molière, Voltaire o Casanova o con resistentes de sombrero Stetson, mientras en las calles Mouffetard o Montorgueil los camarógrafos tratan de captar las tiendas típicas, los bistróts y los mercados al aire libre llenos de faisanes, gallos, conejos y jabalíes colgantes, quesos, vinos, ancas de rana, ostras y otros productos de mar, acompañados de todo tipo de exquisiteces culinarias sin fin provenientes de las regiones locales europeas o de los países exóticos del ultramar.

París es la asfixiante avenida de los Campos Eliseos con sus tiendas de lujo y el consumismo desbordado, la rue Saint Honoré o la Avenue Montaigne con almacenes de las grandes marcas de moda, Versace, Cardin, Yves Saint Laurent, Dior, Jean Paul Gaultier, pero también es el París de los barrios populares de sueño con las imágenes típicas de edificios con chimeneas entre la bruma, o las calles empinadas de Belleville, Pigalle y Montmartre, desde donde se divisa la ciudad cruzada por el mítico río Sena de los suicidas y sus juguetes imprescindibles, que son la Torre Eiffel y la supermaquillada Notre Dame.

Y para Owen Wilson, que interpreta a un guionista de Hollywood que escribe una novela, París es la ciudad del amor, la lluvia, el perfume, el deseo, el beso furtivo junto a un puente y el sexo representado por esas chicas hermosas en sus sencillas blusas y jeans ceñidos, como se ve en el emblemático personaje de la sexy Gabrielle (Léa Seydoux), ante quien cae rendido bajo la lluvia el héroe literario de esta película. Y es también la contradicción entre el artista y el burgués, el bohemio y el puritano, el dinero y el vino. La literatura contra la realidad.

En *Midnight in Paris*, Woody Allen nos sirve la sopa del trajinado mito parisino y el héroe intoxicado de lecturas y sueños de otras épocas viajará en el túnel del tiempo hacia el pasado embellecido por el paso del tiempo. Hablará con Hemingway y Dalí, se enamorará de una amante de Picasso y al final cambiará el proyecto de boda con su insoportable novia y sus detestables suegros por la supuesta vida bohemia y natural de un escritor enamorado, que

opta por el sueño. Una historia cursi como las de Woody Allen, que sin embargo nos reconcilia con el set cinematográfico donde vivimos y sufrimos.

Cuando apareció hace cuatro décadas, Woody Allen, con su figura insignificante, escuálido, narizón y gafufo, se convirtió en el héroe de feos, tímidos y fracasados del mundo que luchan para sobrevivir en un mundo de competencia despiadada donde la publicidad incita a todos a ser millonarios, modelos, vedettes o estrellas de cine.

¿Cómo vivir la vida si el individuo es por el contrario el más insignificante, el menos erótico, el más indeciso, enclenque, enano y narizón hasta la ridiculez, un solitario onanista entre rascacielos, sistemáticamente humillado y marginado en el trabajo y la vida social y traicionado por amores que se aburren con él? Woody Allen ha realizado una obra que es una larga psicoterapia urbana de cuatro décadas, centrado en la destrucción de los arquetipos y los mitos, las insatisfacciones de la pareja, la imposibilidad de la vida familiar, las mentiras y autotraiciones recurrentes del ser en urbes que exigen éxito.

Con Bananas (1971), Play it Again, Sam (1972), Todo lo que usted quería saber sobre sexo y no se atrevió a preguntar (1972), Annie Hall (1977), Interiores (1978), Manhattan (1979), Stardust Memories (1980), La Rosa púrpura de El Cairo (1985), Hannah y sus hermanas (1987) y muchas más, Woody Allen se convirtió en psicoterapeuta familiar de sus admiradores.

Pero en esta última caricatura de París se vuelve más ligero, menos neurótico, hace un guiño a los escritores, personajes que en vida sufren como Ernest Hemingway, Malcolm Lowry y Francis Scott Fitzgerald, pero que la leyenda engrandece. Woody Allen, que vino por primera vez a la ciudad en 1965 y desde entonces la visita con frecuencia, afirmó en el reciente festival de Cannes que esta película es su visión subjetiva de un París bajo la lluvia y un diálogo con algunos de los directores como Jean Renoir, François Truffaut y Jean Luc Godard, lo que ha logrado con creces. París, con Woody Allen, ha vuelto a ser de nuevo una fiesta.



Eduardo García-Aguilar

Poemas y ficciones

Eduardo García-Aguilar

El amigo

Las cartas espaciadas traen noticias
mas no el rostro difuso del amigo
En seis años su alma es un cartílago
que huye de ciudad en ciudad
como la sombra de una denegada felicidad
Alcanzo a imaginar su espectro entre las calles
de aquel París que fue nuestro
cuando el enviado de Dios
ungió en el metro Jourdain nuestras tonsuras
¡Oh amigo que el tiempo dispersa
en parcas zonas desérticas !
¿Dónde está el transatlántico del muelle ?
allí viajarás algún día al paraíso
en el desierto imagino tu viaje
de retorno a los lares de Eneas

A Miguel de Francisco

En el teatro griego de Siracusa

Un largo silencio o un viento desolado
inunda el vacío que dejan los encuentros
en el teatro griego de Siracusa.

Allí, un joven sabio descubre a una bella
que sonríe cuando llegan barcos destartalados

al viejo muelle de carcomidas maderas.

Admira su boca mojada, desea su cuerpo,
celebra sus largas piernas de aceite,
pero alguien envía emisarios
para que no pueda rozarla con sus manos temblorosas.

Viejas sombras recorren el escenario
y tras el mármol una actriz gorda llora
y bebe una copa cargada de amores imposibles.

En las gradas, el silencioso joven
saborea el instante y deja que el deseo
lo invada con su húmeda caricia impalpable.

Ciudad sexual

Calles al mediodía untadas de aceite se difuminan
mientras un tren lleno de amantes
fluye sobre rieles abandonados
En el parque las palomas atacan algodones de azúcar
provocando un griterío de huérfanos
Una alondra no hace verano en las estepas
pero aquí en la ciudad del desierto
las humareda de las refinerías
anuncia lengüetas de fuego y ajeteo de turbinas
Con una botella de whisky a medioterminar
una joven deja a su paso las arañas de la suerte
que la persiguen como si fueran muchachos avorazados
Su sombra de jeans y cabellos despeinados
mira hacia los bares vacíos donde viejos con resaca
cuentan monedas oxidadas
Su cuerpo ha sido poseído todos estos días :
manos, bocas y piernas de muchachos no han fatigado
sus músculos

Los perros vagabundos duermen junto a la carnicería cerrada
mientras ella silenciosa y bella y aún sin bañar
deja que el olor de la noche pasada la arrulle sobre el prado
Alguien ha mordido sus muslos y deesenredado sus greñas
en un baño turco con las puertas lacradas como carta de reyes
Su cuerpo trae el sonido de las tuberías calientes
toda ella cubierta por el vapor
mientras dragones alados saciaban su cuerpo de lirio

Abandonada momentáneamente a su soledad
podrá ahora al fin palpar las toallas recién desinfectadas
mientras en la otra cara del barrio ancianos reales
se dejan lamer por su terrible enfermedad de costumbre.

Mantra del mar

Cubierta de sargazos una mujer flota sobre arenas de fuego
con sus ojos cerrados y la cabellera en llamas
mientras una brisa metálica golpea acantilados
y hace vibrar marismas
Una sirena en lo alto se besa con el pastor de la gaita
y pequeños cangrejos se esconden sin dejar huellas
El silencio de los peces alados
llega de súbito para rozar la piel de la ahogada
y ahora ella está allí desnuda con su sexo abierto y florecido
mientras un adolescente la posee rápidamente
Los viejos neptunos adocenados y las gordas hetairas
reposan junto a sus hijas recién desfloradas
El mar y su oleaje de cobalto
los gigantes caracoles rosados
los futbolistas bronceados a los lejos
En la colina los oidores de mantras
fuman yerba y recuerdan en hamacas
la ya lejana urbe que destroza los nervios
Una diosa amarilla de largas piernas canela
acaricia y muerde a un poeta en crepúsculo
y luego agoniza entre un olor de sudores cruzados
La noche de mariposas y luciérnagas
el reflector que dispara haces planetarios
las olas que no duermen y una tranquilidad de vagabundos
Tiempo de cangrejos
El tiempo fue invención de cangrejos rara epifanía de lirones
alados :
sobre los siglos campea un eterno presente de animales
antediluvianos
como si una espesa capa de helechos trabara para siempre el
mecanismo
Huye al fin de las horas e intérrate en la memoria
de quienes una vez te poseyeron
Todo fue sólo el animal que nos une el mordisco el rasguño
de la infecciosa muerte :
En tus lágrimas en mi oscuro deseo en las sábanas heridas

se veían las uñas de un Zepelín recién derrumbado
o la telaraña de un reloj con ojos y con venas
Huye sin mirar atrás y no invoques la usura
no llores en ciudades extrañas en escaleras desvencijadas :
en un extraño planeta se apeñuscan las voces de los amantes
y los radios baratos que expelían melodías pasadas de moda
Uno a uno los colchones fueron vendidos en depósitos
y nuestra inquietud de secretos amantes fue cambiada por
saliva

Todas las avenidas llenas de aceite y de plomo
han visto estos días
cruzar la marcha fúnebre de los fulminados a destiempo
En todos los cementerios las tumbas no dan abasto a los
apresurados
Que nos vieron correr de la mano por una sucia callejuela
Aquí las mariposas han cambiado su rumbo hacia
despeñaderos
y el polvo se levanta de las colinas donde jugamos
entre azaleas y crisantemos de fuego
En las estaciones de autobuses o en los aeropuertos a donde
llegues
acaricia paredes recién pulidas por egipcios
y escucha el golpeteo de los sellos sobre vías inútiles
En estas calles algo como un olor tuyo suele inquietar
a los trabajadores de las panaderías

Fuego de Amazonas

Una serpiente cruza la manigua
y vapores de tarde humedecen las pieles
de quienes huyen entre el verde follaje
cargados de alacranes sin ojos y con venas

Una mulata boga hacia la ciénaga
donde moran las iguanas de su inútil deseo:
enormes y fugaces reptiles averiados
que chillan en almohadas

En el catre marcado por los cuerpos
hallará la paz de las espinas
y un mordisco en la nuca hará brillar sus ojos
de loca en el sanguíneo crepúsculo

¿Cuántas manos recorrieron sus muslos
donde perdidas bocas signaron su derrota
ávidas de un placer que nadie anota
en la vieja bitácora del uso?

Las boas a lo lejos atisbantes se yerguen
cascabeles resuenan en la negra hondonada
donde las aves muerden sus pescuezos
y perecen ahogadas en estanques

Ningún amor se escribe con palabras
cuando el loro repite maldiciones
de marineros lúbricos tras negras
entre insaciables cánticos de insectos



Eduardo García-Aguilar

Viaje y poesía en la obra de Eduardo García-Aguilar

Jorge Bustamante-García

Dentro de la obra de los escritores colombianos nacidos en la década de los cincuenta destaca Eduardo García-Aguilar (1953), trotamundo incansable, que como muchos otros escritores de la diáspora colombiana, ha vivido más de la mitad de su vida fuera de su país. García-Aguilar ha publicado novela, poesía, ensayo, crónicas, entrevista y colaborado en diversos medios periodísticos de México, Colombia y España.

Recientemente fue reeditada en España su novela *El viaje triunfal* (Altera, Barcelona, 2002) y en Estados Unidos la editorial Aliformgroup.com publicó en inglés su colección de relatos *Urbes luminosas* bajo el título *Luminous cities* (Aliform, Minneapolis, 2002). Es autor de los poemarios *Ciudades imaginarias*, *Llanto de la espada*, *Berkeley Square*, *Animal sin tiempo*, entre otros.

Su amigo el poeta y excelente traductor de poesía y literatura rusa, Jorge Bustamante-García, conversa con él sobre poetas errantes, poesía y prosa, poesía y novela, entre otros temas de su pasión literaria.

- Ya que el personaje central de "El viaje triunfal" es un poeta latinoamericano errante, ¿qué piensas de la poesía en América Latina?

Todo ejercicio poético es un acto de rebeldía. El poema es la subversión máxima porque está a salvo de la comercialización



de estos tiempos. La mayoría de los narradores de hoy sólo son negociantes que se vanaglorian de su ignorancia poética. Ahora, más que nunca, es necesario volver a restablecer puentes con los viejos dinosaurios de la vanguardia poética latinoamericana y por supuesto con el viejo humanista polígrafo de la primera mitad del siglo XX.

En el ámbito latinoamericano, la poesía es y ha sido la expresión más luminosa desde la gran explosión provocada por los modernistas. Los poetas de este continente son los que han conducido el castellano a sus más impresionantes proezas; recordemos a los chilenos desde Neruda, Huidobro y Rokha hasta Rojas, los nicaragüenses de Rubén Darío a Carlos Martínez Rivas y Pablo Antonio Cuadra, los peruanos desde César Vallejo y César Moro hasta Westphalen y Eielson, a los mexicanos, los venezolanos, los argentinos, en fin, la lista sería interminable. Su sola mención nos trae a la mente universos sin cuyo conocimiento el escritor latinoamericano de hoy estaría incapacitado para entender los rumbos de su trabajo literario.

- *¿Háblanos de tu libro de poesía "Llanto de la espada"?*

Llanto de la espada reúne textos escritos entre 1980 y 1990 y es una bitácora de esa búsqueda poética, sin duda la más nutricia, riesgosa y verdadera. El extenso poema que da título a la colección trata de situarse dentro de esa corriente latinoamericana, es un homenaje oblicuo a Neruda, Huidobro, César Moro, Paz y Mutis, en general un homenaje a esa orgía poética nuestra. El libro está dividido en varios cuadernos y sus temas centrales son el viaje, el erotismo y el exilio, en el sentido más amplio del término. Tenía que liberarme de esos textos para poder explorar en otros campos y formas como lo estoy haciendo ahora. Ahora tengo lista para edición una colección con la poesía que reúne los textos trabajados de 1991 al 2001. Sigue así la exploración lenta y escasa, pues en poesía lo escaso y breve es preferible.

- *¿Por qué esa búsqueda irrenunciable de la poesía en un novelista como tú?*

La novela debe sumergirse en la poesía si quiere sobrevivir al menos como cadáver. Todos sabemos que es un cadáver, pero los muertos tienen también su derecho a vivir. Las generaciones de poetas latinoamericanos que siguen fieles a ese género a lo ancho y largo del hemisferio, son ahora la verdadera caldera creativa de nuestra lengua. Maravilla mucho la existencia de miles de poetas ocultos a lo largo del continente desde Arica hasta Tijuana y desde Tegucigalpa hasta Manaos y La Patagonia, porque ellos saben que no pueden esperar nada de su ejercicio, salvo la desconfianza de la sociedad y sus gobiernos. Sólo buscan una revelación y además esperan que el lector ávido y secreto experimente a su vez una explosión eléctrica.

- *¿Podrías precisar un poco más en el asunto de la situación de la novela latinoamericana?*

Después del espejismo del boom de la narrativa latinoamericana va a ser necesario restablecer el puente con la generación de humanistas de la primera mitad del siglo, como Henríquez Ureña, Reyes, Sanín Cano, Macedonio Fernández y Borges, entre otros. El boom nos hizo confundir venta con talento, protagonismo y publicidad con inteligencia. De repente toda una generación de escritores jóvenes se perdió en la ambición de anular a esos señores y los poetas fueron arrinconados en un desván porque no eran negocio, convirtiéndose en convidados de piedra de ese *star system*. Fue algo terrible y apenas ahora nos estamos recuperando de ese vendaval. Ahora nuestra literatura parece un poco un pájaro loco que logró sobrevivir al huracán con unas cuantas plumas desordenadas. Se requiere un balance para volver a conversar con ese hombre de letras para quien la palabra es un vasto instrumento y la literatura una cuestión de ética. El poder y la ambición desmedida maleó a nuestros principales autores de las últimas décadas y a nosotros nos tocará reiniciar ese humanismo rebelde alejado de la mezquina política.

- *En El viaje triunfal, tu tercera novela, el protagonista es un poeta modernista, viajero incansable y cosmopolita, que no cesa nunca en la exploración del alma y la sinrazón de las cosas. Aunque los hechos suceden gran parte de primera mitad de este siglo, parecen ser una metáfora de este fin de milenio incierto e imprevisible...*

El viaje triunfal vendría a ser la conclusión de un tríptico al que pertenecen *Tierra de leones* y *Bulevar de los héroes*. En este caso necesitaba arreglar cuentas con ese maestro humanista y espiritualista al que me refería y bajo cuya influencia crecimos muchos de nuestra generación al mismo tiempo que el boom arrasaba con todo. Faria Utrillo es una especie de Frankenstein hecho con partes de Huidobro, Neruda, Asturias, Rómulo Gallegos. Esos viejos latinoamericanos eran admirables, apasionados lectores de literatura universal, vitalistas ligados a sus pueblos y a sus costumbres, profetas de sus naciones derruidas, voz de los sin voz, exploradores en diversos géneros, viajeros, casi todos ellos amantes de la comida, el vino y el amor, arquetipos del papa grande que busca dialogar con los jóvenes. ¿Cómo escribir la historia de un hombre así, mitad vanguardista, mitad pagano y mitad religioso? Había que renunciar a la historia verbal a la que estábamos acostumbrados, tratar de desdramatizar el lenguaje para dar voz a los hechos de esa primera mitad del siglo marcada por las guerras, por años de creatividad desenfrenada en París, Viena y Berlín, así como en nuestras capitales. Tengo la impresión que el mundo cultural de esa primera mitad de siglo fue más sólido que hoy en las grandes capitales latinoamericanas como Buenos Aires y México. Incluso en mi país, Colombia, había una serie de locos espléndidos como Osorio Lizarazo, Rivera, Zalamea, Sanín Cano, León de Greiff, Rafael Maya, Fernando González, Aurelio Arturo, e incluso los políticos eran gramáticos, poetas, lectores desenfrenados. En fin, *El viaje triunfal* fue el exorcismo de esa imagen, que es un poco la paterna, el exorcismo de esos hombres de chaleco, bombín, bastón, a veces muy pomposos, para quienes la literatura era lo máximo y

cuyos ídolos eran Baudelaire, Rilke, Tolstoi, Cervantes y Stendhal.

- *Faria Utrillo era un hombre desquiciante, un pesimista feliz, que sabe que en el fondo nada tiene arreglo, se burla de los políticos y apuesta por lo más inútil, por la poesía, única tabla de salvación en un tiempo demente y sin rumbo...*

El viaje triunfal es también un acto de rebeldía. El mundo imaginario de esa novela abarca desde el mundo modernista de fines del siglo XIX hasta 1949, un tiempo que en Colombia fue parteaguas porque un año antes se inició el terrible episodio de la violencia, tras el cual el país pierde su inocencia tribal. En medio está la vuelta al mundo de Faria Utrillo en las grandes capitales del arte y los lejanos mundos orientales. En esa carroza viajera toca los principales arquetipos culturales de esa generación: el simbolismo poético francés, el cubismo, la explosión artística de entreguerras, los narguiles árabes, las momias egipcias, la India de Rabindranath Tagore -quien visitó a Victoria Ocampo en Buenos Aires-, en fin, el Japón misterioso, Mata Hari, Drieu la Rochelle y la Francia ocupada, el Nueva York de Berenice Abbot y Man Ray. También el personaje es literario hasta la indecencia, como esos hombres de letras de los años treinta y cuarenta en América Latina en torno a quienes se crearon grupos, tertulias, a veces ingenuas, pero en los que se cimenta nuestra tradición literaria. En el marco de nuestra generación, la gente que nació en los cincuenta y surge a la literatura en los sesenta, esta novela quiere abrir una ventana a esos tiempos y saludar desde allí a esos viejos arrinconados en un museo de cera. De ese diálogo saldrá la nueva "madurez" literaria de América Latina.

- *Tu segunda novela, Bulevar de los héroes, apareció en Estados Unidos en versión al inglés, con prólogo de Gregory Rabassa. ¿Cómo ves el destino de ese libro?*

Bulevar de los héroes fue mi arreglo de cuentas con algo que ahora en tiempos de intolerancia es visto con miedo: los tiempos de insurrección y sueño revolucionario latinoamericanos. Algunas grandes figuras de nuestras letras exigen llevar a la hoguera a quienes alguna vez fueron de izquierda, pero eso, además de inútil me parece carente de perspectiva histórica: todas las civilizaciones han tenido épocas de insurrección y de reflujo, momentos de efervescencia y desorden y lapsos de mano dura con caudillos, monarcas o dictadores paranoicos. Quienes creyeron que 1989 iba a significar el fin de la idea de revolución están equivocados; cuando muramos y nuestros hijos nos sigan, ellos van a ser testigos de ese vaivén histórico; tendrán otros colores e ideologías. La locura revolucionaria de este siglo XX, el sueño socialista, fue algo normal e inherente a la condición humana, algo que está ahí y no podemos borrar. Es como la independencia de España. Sería ridículo exigir hogueras para quienes propiciaron la guerra civil, como Bolívar, para encauzar a nuestros países a un nuevo caos aún no definido. En *Bulevar de los héroes* el protagonista ya no es el poeta ilustrado, sino el revolucionario, el caudillo.

Vista con perspectiva, veo que era necesario abrir esa ventana para abordar esos acontecimientos con la perspectiva crítica de nuestra época. El maestro Gregory Rabassa, que hizo el prólogo al libro, en su edición de Latin American Literary Review Press, captó el asunto y dice que *Bulevar de los héroes* y *Cola de lagartija* de Luisa Valenzuela, entre otras muchas más, son parte del aporte de las nuevas generaciones del post boom a la novela del caudillo y la insurrección. Sin que esto signifique que los estamos plagiando, porque es un tema que abordaron Sarmiento y Altamirano en el siglo XIX, Azuela y Martín Luis Guzmán en la primera mitad del siglo XX, Roa Bastos, García-Márquez, Carpentier y Asturias en lo que respecta al boom. Sin duda nuestros bisnietos y choznos abordarán el tema porque seguirá habiendo insurrecciones en nuestro continente.

- *Tu obra novelística gira alrededor de ciertos personajes, una misma ambientación casi ateniense, incluso tu ciudad natal -Manizales- es ya un motivo constante en las mismas.*

Ya se ha dicho que la infancia es un material básico en la obra de los escritores. Manizales fue una extraña ciudad, una especie de Manaos cafetera de tierra templada, que fue centro en su momento de un movimiento literario absolutamente anacrónico y esperpéntico. La ciudad que hicieron, con una catedral gótica de cemento y edificios de pastelería parisina, es apta para cualquier delirio imaginativo. Esa ciudad de los años cincuenta -ahora ya destruida por avenidas, puentes, supermercados y estacionamientos, esa ciudad de mi infancia, de la que ya quedan pocos vestigios, fue en esas novelas una obsesión permanente. Unas cuantas cuadras llenas de edificios art deco y las escaleras que conducían a la oficina de mi padre son la materia prima de mi literatura. Escribo para rescatar a ese niño que andaba en ese extraño ámbito de la mano de un obsesionado por la palabra.

- *Tú también has sido un viajero impenitente. ¿En dónde como y cuándo te dio por escribir?*

Fue algo muy temprano gracias a mi padre, un liberal socialista de la vieja guardia que estaba obsesionado por la literatura y las palabras y que tal vez, a sabiendas de que no iba a realizar una obra, me inculcó desde la niñez el amor por las letras. Lo veo ahora bajando por las escaleras de la casa con un diccionario, aplicado a encontrar la definición exacta de las palabras, o sus variantes, o leyendo poemas con una felicidad que no puedo olvidar y aún me obsede después de su muerte. Tal vez por imitación empecé a escribir a los doce años, pero tuve la certeza de que mi destino iba a ser la literatura cuando a los trece años gané un premio departamental de literatura con un cuento sobre la aparición del diablo en la siberiana Yakutia. El premio fue una bella edición de *Las nieves de Kilimanjaro* de Hemingway y desde entonces no tuve duda alguna de que iba a ser escritor. En esa aventura tuve la excepcional complicidad de unos amigos de esa edad, que también estaban infectados por la literatura. Con ellos perseguí a Neruda cuando visitó Manizales en 1968 y habla-

mos de nuestras lecturas en largas caminatas por las montañas andinas que rodean a Manizales. Uno es ahora un monje benedictino muy sabio, otro es un temible alto militar y el tercero fue un poeta muy lúcido que pasó temporadas en el manicomio.

- *La poesía y la literatura francesas han sido decisivas en tu formación. ¿Qué libros y autores son los que más quieres?*

Tengo una larga historia de amor con Francia en la que viví primero de 1974 y 1980 y ahora desde 1998. En la primera etapa estuve ligado a la Universidad de Vincennes, Paris VIII, por desgracia ahora desaparecida. Soy un francófilo porque es una literatura muy completa donde florecen todos los géneros y los escritores rompen muros para expresar lo que sienten. Memorias, novelas, ensayos, diarios, aforismos, poesía, cuento, ensayo político, humor, erotismo, son algunas de sus expresiones. En poesía podría mencionar por azar a Clément Marot, Breton, Chenier, el Ronsard de "Antigüedad de Roma" y por supuesto a fines del siglo XIX a Baudelaire, Rimbaud, sin olvidar Mallarmé, Apollinaire, Cendrars, todos ellos revolucionarios del ejercicio poético en el resto del mundo. En novela no puedo olvidar a Manon Lescaut del Abate Prevost ni la lectura de los grandes maestros del siglo XIX que hice cuando vivía cerca del cementerio Pere Lachaise: Stendhal, Flaubert, la trilogía de Balzac compuesta por *Pere Goriot*, *Esplendor y miseria de cortesanas* y *Las ilusiones perdidas*. Otro libro clave fue para mí las *Confesiones* de Rousseau.

Hay otros bloques que me interesan mucho; en general la literatura decadente de fin del siglo XIX que floreció en torno a Barbey D'Aurevilly, Villiers de Lisle Adam y Joris Karl Huysmans. Y más tarde tres autores musculares como Céline, Malraux y Drieu la Rochelle. Sería además imperdonable no mencionar a Proust y Valéry; este último mi modelo de escritor humanista que no se especializa y aborda la poesía, la crítica, el teatro, la reflexión estética, la prosa y que ejerce la literatura como una especie de sacerdocio pagano y milenario.

- *¿Cuál es la literatura latinoamericana que más te interesa?*

En definitiva, la poesía es lo que más me interesa. Con sólo ese cuerpo literario la literatura latinoamericana tendría ya su lugar, pues la prosa reciente, salvo excepciones, me parece un lastre. Leer a Herrera y Reissig, a Lugones, a Silva o a Neruda o en otra esfera a Huidobro, Paz, Borges, Molina, Rojas, Gerbasi, para mencionar algunos, nos da prueba de ello. Los poetas de nuestro continente son los más lúcidos, los más rebeldes y ambiciosos escritores de cada país. Salvo grandes logros, como la obra de Felisberto Hernández, la literatura latinoamericana interesa menos, aunque desde el punto de vista sociológico es vital para entender el rumbo histórico del continente. En las últimas décadas los narradores querían hacer piruetas de circo para demostrar a la madrastra española que dominaban muy bien la lengua, con lo que se hizo

mucho ruido y pocas nueces. Nos hemos alejado de esa literatura sabia y sólida de los viejos polígrafos como Borges y Reyes. Pero creo que a nuestra generación, aunque le tocará pagar los platos rotos por el boom y por la exagerada comercialización actual, sabrá aprender de esa verdadera pléyade de maestros cuya obra iluminó al siglo XX de punta a punta.



Eduardo García-Aguilar con G. García-Márquez



Notas

La palabra nómada de Eduardo García-Aguilar (por: Fernando Ainsa). "Durante cuatro meses trabajé como lavador de platos en el restaurante Tjören Ferdinand, en la periferia de Estocolmo". Con estas palabras empieza el periplo de Eduardo García-Aguilar por las *Urbes luminosas* (1) bajo un epígrafe de Paul Morand: "El estatuto de extranjero es de verdad el único que hoy hace posible vivir". Panamá, Roma, París, Bogotá, Barcelona, San Francisco, Ciudad de Guatemala, México, Manizales, Riohacha (capital de la Guajira), Cartagena, son los escenarios de un nervioso deambular de seres guiados por una inestable condición de nómadas insatisfechos.

Los personajes de García-Aguilar – como Maqroll el Gaviero en la obra de Alvaro Mutis – saltan de un lugar a otro, a cual más exótico. En el colmo del afán trashumante, el autor proyecta una compleja red de metro que permite viajar a través de largos túneles subterráneos y emerger de repente en diversos puntos del globo: en Marruecos o en Túnez, en Java o en Melbourne. Así, el admirado lector de Ruben Dario, el extranjero que

vive en una buhardilla en Barcelona, es visto en Trieste, en Carrara, en Bridisi, a orillas del mar Caspio, en París, Estocolmo, Bulgaria y Yugoslavia. En el reverso de esa superficie planetaria, proliferan los túneles, concavidades, escaleras de caracol y tapices rodantes, "galerías secretas" de reminiscencia cortazariana que hacen del mundo un solo escenario poliédrico e inagotable.

Sin embargo, lejos del prestigio del que están tradicional y literariamente revestidas, las ciudades visitadas aparecen deterioradas y son objeto de una "pequeña guía maldita", como París, donde: "Las calles estaban repletas de basura. Un olor nauseabundo se agregaba al centenario aroma de vejez citadina. En algunas esquinas la montaña de bolsas con detritus alcanzaba una altura de dos metros. Arabes de turbante y negros de Nigeria se acercaban sigilosamente y rescataban algunas cosas de la asquerosa confusión que reinaba en la calle faubourg du Temple".

De San Francisco no se describen los barrios con generosas vistas sobre la ba-

hía, ni los pintorescos tranvías, sino a “negros, hispanos, blancos, drogadictos, traficantes, mendigos” malviviendo en la calle Leavenworth, en el Market, lleno de hoteles y vecindarios baratos, de restaurantes chinos e italianos y “hamburgueserías de a dólar el menú” (p. 75)

Pese a todo, hay refugios para la desesperanza. En “las buhardillas del fin del mundo”, se recuerda que “las buhardillas de las ciudades maravillosas suelen ser territorio propicio para ejercer la alegría de la imaginación”. Situadas en amplios corredores de edificios siniestros, las buhardillas, en tanto espacio reducido, sirven como las cuevas de los antiguos anacoretas, para alimentar la propia denuncia. Sus habitantes son, por lo general, extranjeros. Subir a ellas es descubrir una ciudad sobre la ciudad. Esas buhardillas son un espacio privilegiado comparado con las estaciones de tren, donde “hay siempre un extraño ambiente de viaje, una sensación indeterminada de inestabilidad, de rumbos sin brújula” (P. 91). Allí en viejos vagones abandonados, habitan personas también abandonadas, retazos de vidas que componen una verdadera urbe alternativa cuya “luminosidad” no es más que un cruel sarcasmo.

El mismo García-Aguilar, en *El viaje triunfal* (TM Editores. Bogotá. 1993) vuelve a pasear a sus personajes por el mundo entero, parodiando el Grand Tour de la Ilustración y el “viaje sentimental” decimonónico en páginas de ritmo frenético, en cuyas pausas obligadas puede reflexionarse: “unos van y otros vienen”, como le dice en Calcuta un viejo aventurero a Arnaldo: “Yo me quedo ahora a vivir mi crepúsculo y tú sales a vivir el alba. Es cuestión de salir

al escenario y hacer mutis a tiempo. Somos actores, no lo olvides, y la escenografía es todo esto que ves a tu alrededor. Más vale acostumbrarse a no sufrir las partidas y dejar que el pasado se diluya, conformándose, en la sangre de tu arte” (p. 110)

En el transcurso de este viaje, que de triunfal tiene poco, Arnaldo empieza a escribir *Urbes luminosas*. En la intertextualidad propuesta entre dos títulos que son publicados el mismo año –1993– García-Aguilar anuncia en tono apocalíptico que su obra será “algo nuevo”, ya que “el mundo de hoy se fragmenta, todo estallará: mi obra será el testimonio de un desmoronamiento” (p. 143). La visión de la Ciudad de México desde el piso 28 de la Torre latinoamericana, anuncia ese estallido. En la ciudad, contemplada como “una amiga silenciosa y cómplice” (p. 141) en el relato “Crónica de la urbe luminosa”, se descubren destellos de incendios lejanos, mientras una placa metálica de esmog baja al atardecer sobre sus avenidas y calles. En ese momento, la torre cimbra, se inclina, empieza a elevarse hacia el cielo, convertida en un cohete. “El viaje triunfal” de García-Aguilar termina en esa “urbe luminosa” de bíblica connotación.

(1) *Urbes luminosas*. Escritores colombianos de la diáspora. Instituto colombiano de Cultura. Bogotá. 1993. 157 p.

Fernando Ainsa (Palma de Mallorca, 1937). Escritor hispano uruguayo de origen aragonés. Fue director literario de publicaciones de la UNESCO, en su sede en París, donde trabajó de 1974 a 1999. Es autor de numerosos ensayos sobre literatura latinoamericana y de una amplia obra literaria. Reside en España.

Bulevar de los héroes: las alegrías de un “manizalita triste” (por: Germán Vargas-Cantillo). Una novela, alegre, divertida, desenfadada, es esta de Eduardo García-Aguilar, un narrador nacido en Manizales hace 34 años. *Bulevar de los héroes* es su título. En ella se refleja, con gracia e ironía, toda una época del desarrollo político no solo de Colombia sino, en general, de los otros países latinoamericanos que vivieron esa fracasada etapa con mayor o menor intensidad.

Su personaje central, el Loco Rincón, que es al mismo tiempo Petronio, pasa por innumerables peripecias, por todas las aventuras ideológicas y físicas a que lo conduce su aparente firme propósito de cambiar el país, de darle un vuelco total a las pregonadas instituciones, mediante la Revolución. (Así, escrita con mayúscula, como suele creerse que ha de ser toda revolución que de verdad lo sea y se respete como tal). Pero a Petronio, el inefable Loco Rincón, lo derrota la tremenda realidad del país, que él, como muchos de los llamados revolucionarios ignora, deja de lado, no tiene en cuenta.

Y es en ese plano donde entra a funcionar de modo divertido el acendrado humor de este “manizalita triste”, como él, García-Aguilar, se empeña en calificarse, sin tener para ello, por lo que puede apreciarse, ninguna razón valedera.

El protagonista de *Bulevar de los héroes* se convence finalmente, tras la derrota y las persecuciones, de que no va a llegar nunca al poder. Al ambicionado poder político. Y se va al exilio, obligado por las circunstancias. Pero el suyo es un exilio pleno de exotismo y de delirios en esa zona fantástica del bulevar donde al fin puede realizar sus sueños quiméricos. Que no son ya los de la ambición de

poder, sino, sencillamente, otros sueños quiméricos en los que se mezclan el amor y el sexo.

Tiene toda la razón el comentarista mexicano que, en una publicación de su país, dice que “esta es, sin duda, una de las obras más sorprendentes de la nueva narrativa hispanoamericana de fin de siglo”. Y la verdad es que no se sabe a ciencia cierta que es lo que más sorprende, y llega hasta deslumbrar, en la excelente novela de Eduardo García-Aguilar. Si la gracia de lo que en ella pasa y el manejo que el autor da a los hechos y a las situaciones, a los personajes y a los ambientes, o el impecable y rico y riguroso lenguaje empleado, sin hacer concesiones a los excesos retóricos a que, por su origen, podría estar expuesto el joven narrador.

El lector que toma en sus manos un ejemplar de *Bulevar de los héroes* podría estar prevenido antes de iniciar su lectura, por el temor de encontrarse ante un texto pretendida y pedantesca mente serio y grave, retórico en fin, y ese lector descubre, al avanzar por las páginas de esta estupenda novela, que es la de Eduardo García-Aguilar, una prosa sobria, dominada a plenitud. Pero que dice todo lo que el narrador quiere decir, despojado de lo que pueda parecer palabreo, y hueco, sin sustancia.

Esta, *Bulevar de los héroes*, no es la primera novela de Eduardo García-Aguilar. Y esta es otra sorpresa. Antes, el año pasado, publicó en México *Tierra de leones*, que el terco, infatigable lector que firma estas notas ha buscado, sin éxito, en las librerías colombianas. Como no ha podido encontrar tampoco los otros libros de García-Aguilar. Dos colecciones de textos en prosa: *Cuader-*

no de sueños (1981) y *Palpar la zona prohibida* (1984) y un libro de poesías: *Ciudades imaginarias* (1986).

En cambio, este redactor leyó hace unos pocos años otro pequeño libro de Eduardo García-Aguilar: *García-Márquez: La tentación cinematográfica*, publicado en 1985 por la Universidad Nacional Autónoma de México. Estos textos, contenidos en 125 páginas, confoman un bien investigado y documentado ensayo sobre los trabajos de García-Márquez como guionista de cine.

Bulevar de los héroes es una novela de 238 páginas, editada por Plaza y Janés de México, en agosto de 1987. La portada, hermosamente diseñada, es de Manuel Aguado y la fotografía de la contraportada la hizo Ignacio González.

Eduardo García-Aguilar vivió seis años en París, donde adelantó estudios de Economía Política y filosofía en la Universidad de Vincennes (Paris VIII). Hace ya varios años está radicado en México, consagrado a su quehacer literario con empeño y con rigor: Y además con excelentes resultados. A juzgar por esta excelente novela que es *Bulevar de los héroes*.

Germán Vargas-Cantillo (Barranquilla, 1919-1991). Escritor y periodista miembro del legendario Grupo de Barranquilla al lado de Alfonso Fuenmayor, Gabriel García-Márquez y Alvaro Cepeda Samudio, entre otros.

El escritor que le prendió velas a Cochise (por: Jacques Gilard). A Eduardo lo conocí en marzo de este año durante la "Semana latinoamericana" que organizó el servicio de extensión cultural de mi universidad. Esta "Semana" tuvo algo de encuentro humanístico, mucho

de feria, y un si es no es de farnofélica parranda. La primera noticia que tuve de la existencia de Eduardo fue cuando oí que el responsable de la extensión cultural preguntaba iracundo de donde carajo habían salido esos latinoamericanos locos que nadie había invitado y que andaban pidiendo que les dieran una sala para presentar sus folletos y que se les alojara. Ni siquiera necesité preguntar si eran colombianos.

Eran cuatro, dos muchachos y dos muchachas —un manizalita (Eduardo), un pereirano y dos bogotanas—, y venían en representación del CIAL, Centro de Información sobre América Latina de la Universidad de Vincennes. Solo el tercer día los vine a conocer porque mi condición de presunto miembro organizador del evento me imponía tareas tan importantes y tan urgentes como buscar cigarrillos para el novelista argentino Juan José Saer ("Mirá, ché, se me olvidaron los cigarrillos míos en el hotel; no sabés como lo siento por vos, pero es que si no fumo, mi ponencia me saldrá mal").

Yo vi a Eduardo desde lejos, la segunda tarde, en el paraninfo, durante un debate en el que participaban Cortázar y el ecuatoriano Adoum; Eduardo hizo una pregunta sutil sobre el porvenir del socialismo en América Latina, que ninguno de los panelistas quiso contestar; y lo perdí de vista. Solo al día siguiente pude hablar con él y la dos muchachas, para saber que estudiaban en Francia y que proyectos de edición tenía el CIAL.

Hablamos largo de muchas cosas. María Helena contó de sus estudios de ciencias sociales y recordó un trabajo de terreno que hizo en Manatí hace algunos años; Sol habló con horror del calor que pasó

una vez en Barranquilla y contó como se extravió por los lados del mercado y oía que la gente, a sus espaldas, hablaba mal de los cachacos. Eduardo me pareció irredimiblemente interiorano; al saber que era de Manizales y que su principal preocupación era la literatura, le eché dos o tres vainas sobre los escritores "greco-caldenses", tan vilipendiados por el Grupo de Barranquilla. A la noche debía haber fiesta de clausura de la Facultad de Estudios Hispánicos (debo aclarar que la "Semana" duró solo tres días) y nos citamos para entonces.

Fuimos con varias botellas de vino tinto y vasos de cartón y nos encerramos en mi oficina a tomar y hablar. Eramos bastantes. Estaba Juliana Cuéllar, una pintora ingenua colombiana, recién salida de la adolescencia, radicada en Barcelona; sus cuadros, pintados en base a sus recuerdos de la niñez vivida en San Andrés, encantaron a Roa Bastos ("los pinté con mi nostalgia", le dijo ella). Estaban Eduardo, María Helena y Sol. Estaba mi gran amigo Hugo López, paraguayo criado en Pereira (el día en que le pregunté cómo era posible, me explicó que "el viejo era futbolista profesional" y jugó en Colombia antes de entrenar al Deportivo Pereira), estudiante de ecuménicas curiosidades pero preocupado ante todo por la literatura y las "hembritas", como dice él. Y estaban algunos de mis alumnos atraídos, supongo, más por el vino que por la conversación que evidentemente iba a ser sobre nostalgias colombianas.

En esa fría noche de marzo, bajo un cartel blanco y negro que anunciaba el ya pretérito tercer festival de música sabanera, "invita CBS, la Compañía de la Música" -me lo había enviado poco antes David Sánchez Juliao- se habló in-

tensamente de narrativa colombiana. Los vasos de cartón eran tan livianos que, al llenarlos, no resistían el chorro de vino; se volcaron algunos y se formó un espeso reguero de tintorro en la superficie de la mesa de trabajo; la atmósfera se cargó de un denso olor a lagar mal enjugado.

Eduardo hablaba de la necesidad de hacer que la literatura colombiana pasara "de la provincia a la modernidad". Yo trataba de convencerlo que eso lo habían conseguido en Barranquilla mucho antes de que se conocieran sus viejos. El alegaba que eso del "Grupo" ya era historia patria, o leyenda, y que lo principal queda por hacer. Creo que en algún momento le dije algo así como que los greco-caldenses como él tenían que modernizarse a ultranza para llegar a la planta de los pies del último escritor costeño de hace treinta años. Así siguió la charla, con no pocas libaciones, y muchos desvíos (creo que fue Hugo el que trajo a cuento los recientes triunfos del Junior), hasta que alguien, no sé por qué, habló de ciclismo. Y Eduardo y yo descubrimos con asombro que para ambos una bicicleta de competencia es un objeto bastante más serio que un libro. Eran como las doce de la noche.

Empezamos a repasar la historia del ciclismo colombiano, a hablar del francés Beyaert, de Hoyos, de "Cochise", de Niño; conté como vi pasar frente al pelotón de la vuelta a Francia del 73, al equipo de colombianos que participó en la prueba; hacía frío ese día, pero ellos brillaron porque era etapa de montaña. Y Eduardo me dijo entonces, casi ruborizándose, que en su adolescencia llegó a prender velas para que Cochise triunfara no recuerdo en cual Vuelta a Colombia. Su deslumbrante confesión me

hizo lamentar que el descreimiento nuestro le haya quitado al ciclismo europeo esa dimensión mística que tuvo el colombiano para Eduardo hace algunos años.

Entonces saqué de mi gaveta las fotocopias del reportaje de García-Márquez le hizo a Ramón Hoyos en el 55, y lo estábamos comentando aun cuando uno de los celadores de la Universidad nos vino con que eran las tres de la madrugada y era tiempo que nos fuéramos todos. Yo terminé esa noche en la pieza de Hugo, muerto de frío, tomando té y hablando de política con el cuarto colombiano del grupo, el pereirano, a quien Hugo y yo encontramos, borracho y extraviado, a la salida de un bar del centro urbano.

Eduardo, poco tiempo después me mandó desde París el manuscrito de un cuento titulado "Aquel tierno sudor de tu franela". Me pareció muy bueno el cuento, pero en mi carta de comentario censuré el hecho de que la idea de "pasar de la provincia a la modernidad" apareciera con excesiva claridad en la anécdota. Nos distanciaron los exámenes de fin de curso y solo pudimos avisarnos mutuamente nuestros respectivos viajes a Colombia. Nos vimos brevemente en Bogotá y me habló de otros cuentos y de un proyecto de novela. A los dos o tres días me fui para Barranquilla.

En algunas conversaciones, cuando se hablaba de narrativa joven, me arriesgué a hablar de "un muchacho de Manizales que escribe muy bien", pero no creo que me pararan bolas. También hablé de Eduardo, después de regresar a Bogotá, a Germán Vargas y a García-Márquez. Un comentario mas bien frío que Eduardo hizo sobre una conferencia mía le

había parecido muy divertida a Germán y no se si él o Gabo tomaron muy en serio mi alusión a ese greco-caldense. Después de todo nadie tiene que interesarse en un escritor totalmente inédito y yo mismo llegaba a preguntarme si no aprecié el cuento de Eduardo solamente porque su autor le prendió velas a Cochise.

Ayer recibí una carta de Eduardo. Acaba de regresar a París y me imagino que debe estar más sereno porque vino con bastante más plata de la que pensaba llevarse. Son los veinte mil pesos que se ganó en el recién fallado concurso literario del Sesquicentenario de la Universidad del Cauca; obtuvo el segundo premio con "Aquel tierno sudor de tu franela". Y me dice que piensa viajar pronto a Barcelona. Ya le contesté diciéndole que haga un alto en Toulouse y nos reunamos con Hugo a tomar más vino y seguir hablando de Hoyos y "Cochise".

Jaques Gilard (1943-2008). Uno de los más grandes hispanistas franceses del siglo XX. Graduado con una tesis sobre Lope de Vega, se desempeñó como profesor de la Universidad de Toulouse y director del IPEALT y de la revista *Caravelle*. Fue el primero en realizar la recopilación de la obra periodística de Gabriel García-Márquez. Este texto de Gilard fue publicado el miércoles 27 de diciembre de 1978 en el *Heraldo de Barranquilla*.

"El viaje triunfal": los cruzados de la palabra (por: Roberto Vélez-Correa). Eduardo García-Aguilar (Manizales, 1953) culmina su trilogía de novelas con *El viaje triunfal* (1), primer libro del caldense publicado por un sello colombiano: Tercer Mundo editores, 1993; pues, todas sus anteriores obras vieron la luz

editorial en México, incluso las novelas *Tierra de leones* y *Bulevar de los héroes*, única novela latinoamericana finalista en el premio internacional Plaza y Janés en 1987. Las tres tienen preocupaciones formales similares y se inscriben en el particular escenario de una ciudad andina de principios de siglo, dominada en sus paisajes por la arquitectura republicana y en el lenguaje de la exacerbación modernista.

La ficción narrativa de García-Aguilar tiene, sin embargo, un breve esguince temático y estilístico, cuando en *Cuaderno de sueños* rinde culto a la herencia borgiana y le cede al lector relatos breves, de singular corte imaginado, donde sus personajes juegan su inmortalidad entre la ternura y el exotismo, como aquella Teresa von Hálfte que amamanta centauros con sus lágrimas, después de muerta, o como la historia del último hippie, Glendenen, que renuncia a la escritura de su obra maestra para sumergirse en las heladas aguas del Pacífico, bajo uno de los puentes de San Francisco.

El viaje triunfal es una novela más madura que escoge como personaje a la misma literatura en una serie de facetas que se hacen patentes a lo largo y ancho de las páginas de esta obra, cuyo proyecto creativo obtuviera en 1989 el Premio Ernesto Sábato de Proartes.

La literatura se convierte en sujeto y objeto del mundo imaginado del escritor manizalita, como vocación de su personaje principal, el sibarita y trotamundos poeta Arnaldo Faría Utrillo, quien desde adolescente acepta el grito de la sangre y sigue el mismo camino de su madre, la poetisa Ana Malo. Por eso, la voz del bardo no duda en declarar: "Yo también estudié en el San Bartolomé, pero fui

expulsado por amar la literatura. Desde entonces, amigos, ejerzo el sacerdocio de la palabra y lo ejerceré hasta la muerte..." (45)

La resonancia del texto novelístico, además del juramento anterior que adopta los hábitos de la palabra, golpea contra hitos culturales y arquetipos del verbo como Rubén Darío, José Asunción Silva, D'Annunzio, Nietzsche, Leopardi, Huysmans, Vaconcelos, Díaz Mirón, Herrera y Reissig, Valencia y toda una estela de luminarias del verso y de la narración que cruzó el firmamento del agonizante siglo XIX y del balbuciente siglo XX.

Pero, el encandilamiento que sufre la generación de Faría Utrillo frente al esplendor de los clásicos modernistas y los pioneros de la vanguardia de entre guerras, no permanece en el simple discurso vano, especulativo, inspirado de íntimos goces estéticos. El impacto de la palabra va más allá y se entroniza en las Repúblicas Gramáticas, donde los presidenciables ascendían al solio del Libertador impulsados por el verbo encendido. Entonces, aparecen los símiles de los otrora gloriosos grecoquimabayas, personificados en los Aquilinos, Los Camélidos y Los Leopardos que conmovieron las columnas jónicas y dóricas del parlamento. Es, con toda contundencia de la voz tonante, el acto perlocutorio del lenguaje, según Austin, y que rescata el sutil medio que les sirvió a algunos intelectuales de la historia patria para hacerse a las riendas del poder, como sucedió con Marco Fidel Suárez, Miguel Antonio Caro, Rafael Núñez; circunstancia que parece en los textos oficiales de la historia una simple coincidencia, pero que requirió de la ficción para contarle al lector lo que en realidad

ocurrió.

La novela propone, en medio de las ambigüedades, un homenaje a las generaciones del modernismo y de las vanguardias de postguerra. Los contemporáneos del poeta Faria Utrillo sienten el peso de la influencia y aceptan la deuda en letras de no cambio: "Muerto Silva, debemos buscar ahora a Rubén Darío" (64). Pero la disidencia fragua entre líneas el parricidio.

Y es así como se desliza en los pliegues de la ficción, la sombra del autor real, es decir Eduardo García-Aguilar, al legarle a Arnaldo Faria Utrillo, la autoría de uno de sus libros, aquel con el cual aspiraba romper las cadenas de sus antepasados. "Va a ser algo nuevo, algo así como una novela de fragmentos sin una historia tradicional al estilo naturalista; mi obra será el testimonio de ese desmoronamiento" (143).

La necesidad de atacar la efervescencia del pasado y construir mundos coherentes con el histórico que vive, funciona en el proyecto novelístico de Faria Utrillo como elemento cómplice de la propuesta de sus hermanos de herejías literarias. Los Fundidistas. Por eso, el desbordado cauce termina en "¡El rito sáfico! ¡El sacrificio del cisne! ¡Rubén Darío se hubiera enloquecido!" (312).

La hemofilica escena reproduce lo que Enrique González Martínez (1871-1952) hizo cuando remplazó la evasión que significaba la voluntad esteticista del cisne, por la mirada escrutadora sobre las cosas del búho.

El grecoquimbayismo refleja esa forma de ser caldense de las primeras décadas del siglo XX, sobre todo la de los hijos de la burguesía cafetera que viajó por el Viejo Mundo y distrajo su ignorancia en

los textos clásicos, latinos y griegos, que sus herederos devoraron y asimilaron como nutriente intelectual, a falta de una literatura nacional, y por qué no, debido al prurito extranjerizante de esta clase emergente. El verbo encarnó en las breñas cafeteras y hasta se abrió paso en la Atenas Suramericana, despreciada por el chileno Torres Rioseco.

Aun hay quien sostenga la vigencia del estilo florido del grecoquimbaya, y entonces, acomode la interpretación ideológica de esta novela al tributo de admiración que García-Aguilar si le rinde al Modernismo y a la Vanguardia. Por supuesto que el grecoquimbayismo es, a largo y corto plazo, un Modernismo resucitado en la capital caldense, Manizales, o La Enea de la ficción en la trilogía del novelista. Sin embargo, la parodia no resiste tanta benevolencia y menos cuando hallamos alusiones como esta: "Los Aquilinos, como en realidad eran, seres cuadrados con gestos de una espantosa ridiculez que hacían fluctuar entre la raza de tapires y los macacos" (166).

En lo que sí existe coincidencia literaria, es en la solidaridad del narrador con todos estos grupos de políticos doblados de escritores que al final no sabían que amaban más, si la palabra que los hacía centro de atención social o la golosina del poder que podían saborear, gracias al talento de Demóstenes subdesarrollado que obnubilaba a los parroquianos de entonces.

De algo si no cabe duda: la novela *De sobremesa* de Silva es una presencia intertextual viva en el cuerpo de *El Viaje triunfal*. Ambas novelas finiseculares, que ofrendan en los altares del crepúsculo, serán comparadas sin remedio,

aunque se distancian en algunos aspectos. En efecto, las dos ficciones son el resultado de sendos "literatos hasta la indecencia", ambientadas en espacios cosmopolitas, exóticos; preñados de alusiones autorreferenciales, protagonizadas por poetas idealistas, románticos. Sin embargo, la obra póstuma de Silva es más arriesgada en la forma, aunque en el estilo, el barroquismo de los adjetivos y los camafeos sean más moderados en García, cuyo narrador se contamina, en veces, del mismo estilo que parodia.

Finalmente, tanto Silva, como García-Aguilar, ratifican su fe en la literatura, al situarla como la rompiente de la angustia y de la incertidumbre que acosan al hombre al cierre de toda centuria.

(1) García-Aguilar, Eduardo. *El Viaje triunfal*. Tercer Mundo Editores. Bogotá. 1993. 317 páginas.

Roberto Vélez-Correa (Manizales, 1952 - 2005). Realizó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Caldas y obtuvo títulos de maestría y doctorado en la Universidad de Boulder, Colorado, EEUU, y en España. Fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Caldas. Autor de *La pasión de las gárgolas* y *Fantasmas de Mediodía*, entre otros muchos libros de ficción y ensayo. Este texto fue publicado inicialmente en la revista *Hipsipila*, dirigida por el autor.

De Pedro Gómez-Valderrama. Bogotá, noviembre 30 de 1984./ Señor D. Eduardo García-Aguilar. Estimado amigo: Esta semana recibí su amable envío de su hermoso "Cuaderno de sueños", escrito en una prosa admirable, y con textos que me han parecido verdaderamente hermosos. Lo felicito muy cor-

dialmente. Ya había tenido esporádicas lecturas de artículos suyos, que a veces reproduce la prensa de aquí./ Igualmente recibí los recortes de sus artículos sobre mi obra, en los cuales es usted extremadamente generoso conmigo. Le agradezco profundamente. Hay en ellos algo que me satisface, y es su acertada comprensión de mi trabajo./ Espero que esta sea la iniciación de una grata correspondencia. No sé cuáles sean sus proyectos, si permanecer en México o regresar a Colombia. Ojalá me cuente./ Por este mismo correo le estoy enviando mi libro "La nave de los locos y otros relatos", que publicó recientemente Alianza Editorial. No sé si haya llegado allá, pero de todos modos quiero que reciba usted este ejemplar enviado por mí./ Mientras tengo de nuevo noticias tuyas, reciba el cordial y amistoso saludo de su agradecido. Pedro Gómez-Valderrama.

Eduardo García-Aguilar: un guía entre las ruinas (por: Alberto Duque-López). Para numerosos escritores, artistas e intelectuales colombianos que pasan por México, especialmente por el Distrito Federal, encontrarse con el novelista y periodista Eduardo García-Aguilar, actual subdirector de France Presse en ese país, se ha convertido en un delicioso y obligado ritual./ Comienza en sus cómodas oficinas del noveno piso de la Torre Latinoamericana, donde el escritor caldense tiene una vista soberbia al Palacio de Bellas Artes. Sigue en una de las cantinas del sector histórico, luego de atravesar la enorme Plaza del Zócalo, escuchándolo hablar sobre la historia escondida de cada uno de los monumentos, calles, avenidas, hoteles, edificios, museos y palacios (es emocionante escucharle la historia de Sor Juana Inés de

la Cruz en su convento), se prolonga en uno de los balcones que dan sobre el Palacio presidencial, y mientras cae la tarde, se enrosca en las callecitas de Coyoacán, en busca de librerías, galerías, otras cantinas, el parque y los arcos del palacio construido por Hernán Cortés, para hacer una pausa mientras se analiza la situación colombiana. / Mientras se camina, se bebe, se habla, se mira, se siente el olor tibio de las panaderías, se detecta la tensión del aire y se comparten bromas con un hombre que tiene el pelo largo, la inteligencia contagiosa del autor de una novela traducida a otros idio-

mas, *Bulevar de los héroes* y otros libros importantes, se llega a una de las etapas más deliciosas de este encuentro ritual, la cena en Café Tacuba, con el trio que dedica boleros a Whisper, y los platos colmados de enchiladas, tacos, quesadillas, frijoles refritos y otras delicias, rematadas con el café de ollita. / Los que tienen el privilegio de compartir la risa y la ternura de García-Aguilar, en medio de un largo exilio por Europa y México, saben que las calles de Coyoacán y la sombra larga de Frida Kahlo son más verdaderas, más reales, gracias a ese guía que nos lleva entre las ruinas.

Patronato histórico de la Revista. Alfonso Carvajal-Escobar (κ), Marta Traba (κ), Bernardo Trejos-Arcila, Jorge Ramírez-Giraldo (κ), Luciano Mora-Osejo, Valentina Marulanda (κ), José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía, Jesús Mejía-Ossa, Guillermo Botero-Gutiérrez (κ), Mirta Negreira-Lucas (κ), Bernardo Ramírez (κ), Livia González, Matilde Espinosa (κ), Maruja Vieira, Hugo Marulanda-López (κ), Antonio Gallego-Urbe (κ), Santiago Moreno G., Rafael Gutiérrez-Girardot (κ), Eduardo López-Villegas, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Graciela Maturo, Rodrigo Ramírez-Cardona (κ), Norma Velásquez-Garcés, Luis-Eduardo Mora O. (κ), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Guillermo Páramo-Rocha, Carlos Gaviria-Díaz, Humberto Mora O., Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Ángela-María Botero, Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur, Mario Spaggiari-Jaramillo (κ), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón C., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Jorge Maldonado (κ), María-Leonor Villada S. (κ), María-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano, José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Pedro Zapata, Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (κ), Nelson Vallejo-Gómez, Antonio García-Lozada, María-Dolores Jaramillo, Jerónimo Pizarro-Jaramillo, Albio Martínez-Simanca, Jorge Consuegra-Afanador, Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Lino Jaramillo O., Alejandro Dávila A.

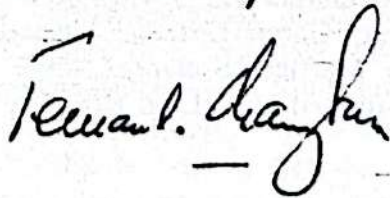
Bogotá, a 23 de Febrero de 1984.

A Eduardo García Aguilar,
México D.F.

Querido Eduardo:

Me recibílo y leílo con verdadero entusiasmo las dos publicaciones que me enviaste: los precisos cuadernos de poesía y el excelente Manuscrito. Quiero felicitarte vivamente por ambos. Se combinan en ellos virtudes evidentes. Un fondo esencialmente poético, sin menoscabo de su interés anecdótico, y una forma tersa, luminosa.

Se entiende, leyéndolos, que has trabajado estos textos intensamente, apasionadamente, como debe ser. Cada vez estoy más lejos de ciertas maneras en boga en las que el hablante se confunde con la palabra verbal. Toda escritura ~~se~~ debe tender al arte y a la expresividad. Lo contrario es lo fatalmente perecedero. Por eso, querido Eduardo, te felicito muy de veras y te envío, con mi amistad y admiración, un inmenso abrazo.

Ramón. 



Eduardo García-Aguilar en el estudio de G. García-Márquez

Monográfico dedicado al escritor Eduardo García-Aguilar

<i>Máquina de escribir</i> –manuscrito autógrafo- /Eduardo García-Aguilar/	1
Asuntos de sueños /León Duque-Orrego/	2
Bibliografía comentada de Eduardo García-Aguilar /María-Elena Ruiz/	7
Sobre “Bulevar de los héroes” /Gregory Rabassa/	12
“Bulevar de los héroes”: la ideología de los sueños /Sandro Cohen/	15
El bazar interminable – Crónicas parisinas /Eduardo García-Aguilar/	17
Poemas y ficciones Eduardo García-Aguilar	50
Viaje y poesía en la obra de Eduardo García-Aguilar /Jorge Bustamante-García/	55

NOTAS 62

/La palabra nómada de Eduardo García-Aguilar (por: *Fernando Aínsa*)/
 “Bulevar de los héroes”: las alegrías de un “manizalita triste” (por: *Germán Vargas-Cantillo*)/ El escritor que le prendió velas a Cochise (por: *Jacques Gilard*)/ “El viaje triunfal”: los cruzados de la palabra (por: *Roberto Vélez-Correa*)/ Misiva de Pedro Gómez-Valderrama (30.XI.1984)/
 Eduardo García-Aguilar: un guía entre las ruinas (por: *Alberto Duque-López*)/ Patronato histórico de la Revista/